

20
LOS
XX
DEL

**UN GARBEO
POR MADRID**

COMUNIDAD DE MADRID

PRESIDENTA

Isabel Díaz Ayuso

CONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

Mariano de Paco Serrano

VICECONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

Carlos Daniel Martínez Rodríguez

DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL

Bartolomé González Jiménez

SUBDIRECTOR GENERAL DE ARCHIVOS Y GESTIÓN DOCUMENTAL

Javier Díez Llamazares

EXPOSICIÓN

ORGANIZA

Dirección General de Patrimonio Cultural. Subdirección General de Archivos y Gestión Documental

COMISARIA

M^a Nieves Sobrino García.
Directora del Archivo Regional de la Comunidad de Madrid

COORDINACIÓN Y SEGUIMIENTO

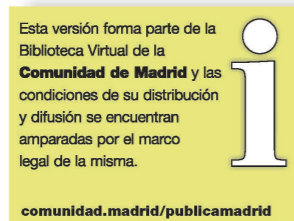
Área de Planificación y Programación Archivística de la Subdirección General de Archivos y Gestión Documental
Cariátide

SELECCIÓN DOCUMENTAL

Área de Planificación y Programación Archivística de la Subdirección General de Archivos y Gestión Documental. Servicio de Difusión y Divulgación
Archivo Regional de la Comunidad de Madrid. Servicio de Descripción
Archivo Regional de la Comunidad de Madrid. Servicio de Referencias y Atención al Usuario

DISEÑO

PEiPE Diseño y Gestión



CATÁLOGO

EDITA

Comunidad de Madrid

COORDINA

Área de Planificación y Programación Archivística de la Subdirección General de Archivos y Gestión Documental. Servicio de Difusión y Divulgación

TEXTOS

Área de Planificación y Programación Archivística de la Subdirección General de Archivos y Gestión Documental. Servicio de Difusión y Divulgación
M^a Nieves Sobrino García. Directora del Archivo Regional de la Comunidad de Madrid
Pedro Montoliú Camps. Cronista Oficial de la Villa de Madrid

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Peipe, S.L.

IMPRIME

PeiPe. Diseño y Artes Gráficas S.L.

- © De esta edición: Dirección General de Patrimonio Cultural. Consejería de Cultura, Turismo y Deporte. Comunidad de Madrid.
- © de los textos: los autores.
- © de las imágenes: Archivo Regional de la Comunidad de Madrid, Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, Biblioteca Regional de Madrid.

ISBN: 978-84-451-4075-8
DEPÓSITO LEGAL: M-29480-2023

Publicado en España – Published in Spain

AGRADECIMIENTOS

Archivo Regional de la Comunidad de Madrid, Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, Biblioteca Regional de Madrid
Joaquín Leguina, Filmoteca Española, Fundación Telefónica y María Cedenilla Paredes.

GRACIAS A LA RIQUEZA Y VARIEDAD TEMÁTICA DE SUS FONDOS, ACERCARSE

a conocer los documentos del Archivo Regional de la Comunidad de Madrid es siempre una gran experiencia. Sin duda, hacerlo a través de las exposiciones organizadas en el complejo El Águila permite a los madrileños disfrutar del inmenso patrimonio documental de la región, acercándolo a todos los públicos.

En el caso de *Los 20 del xx. Un garbeo por Madrid*, la muestra se presenta como un viaje al pasado a través de una importante selección de documentos textuales, carteles, postales, planos y, sobre todo, imágenes pertenecientes a diversos fondos documentales, eminentemente fotográficos, entre los que destacan los de Gerardo Contreras, Cristóbal Portillo y la Colección *Madrileños*.

Todo ese legado, un auténtico tesoro documental, reconstruye ese Madrid de hace cien años que encara con incierto optimismo los nuevos tiempos y, aún ajeno a los acontecimientos políticos y sociales que le sorprenderán en la década siguiente, se esfuerza por imitar los modelos de comportamiento y formas de vida ya presentes en otras capitales europeas.

La exposición invita al visitante a convertirse en un madrileño de aquellos mitificados años 20, disfrutando de un paseo por sus calles y siendo testigo de los profundos cambios que acontecían en una sociedad y una economía en plena transformación. La irrupción de los medios de comunicación, los progresos de la ciencia, los avances sociales y la revolución urbanística juegan también un protagonismo esencial que adivinan el contexto y el ambiente de aquella época.

Un período que ha quedado resumido en el imaginario colectivo como el de los *felices años 20* y que, en la capital lleva aparejado un cambio de piel que, sin abandonar del todo su carácter costumbrista y galdosiano, supone un nuevo enfoque, una sustitución del bullicioso centro –en plena reforma– por un Madrid de aluvión que crece en el extrarradio.

Ese es el escenario en el que se desarrolla la otra cara de la década, definida por la profunda brecha entre clases sociales, la falta de vivienda, la escasez de escuelas, de centros sanitarios y de salubridad, así como el aumento de la conflictividad laboral.

Los 20 del XX. Un garbeo por Madrid es, además, una acertada puesta en valor de los fondos del Archivo Regional, una institución clave para el funcionamiento de la actual Administración de la Comunidad de Madrid, que también se encarga de custodiar los fondos históricos relacionados con Madrid y su región, fuentes primarias de información para conocer e investigar nuestro pasado, sus protagonistas y su sociedad. Se trata, por tanto, de una gran oportunidad de acercarse al Archivo y a sus fondos y de poder apreciar el valioso trabajo que en esta institución se realiza para preservar nuestro pasado, escribir nuestro presente y construir nuestro futuro.

En definitiva, nos encontramos ante un magnífico ejemplo de cómo desde la Comunidad de Madrid trabajamos para dar la máxima difusión a la cultura haciéndola accesible a todo tipo de público, para su disfrute y aprendizaje.

Solo me queda animar a los madrileños a dejarse llevar por este *garbeo* por su ciudad, por aquel Madrid en el que por la Gran Vía aún convivían carros tirados por caballos, tranvías y los primeros vehículos de motor.

Mariano de Paco Serrano
Consejero de Cultura, Turismo y Deporte



ÍNDICE

07

Aquellos maravillosos años
[M^a Nieves Sobrino]

13

La década en la que se gestó la Guerra Civil
[Pedro Montoliú]

25

Una metrópoli moderna

41

Un nuevo estilo de vida

53

Tiempos de cambio

65

Todo es innovación

75

La sociedad del ocio

85

Ávidos de información



Grupo de mujeres de la alta sociedad madrileña ataviadas con las últimas novedades de la moda parisina. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124219_0037.

Aquellos maravillosos años: la década de 1920 en el Archivo Regional de la Comunidad de Madrid

M^a Nieves Sobrino García
Directora del Archivo Regional
de la Comunidad de Madrid

Años 20. Es curioso cómo estas dos sencillas palabras provocan en la imaginación de quienes las escuchan *flashes* que evocan casi de inmediato una época feliz, algo alocada, repleta de fiesta y charleston, vestidos atrevidos, bares clandestinos, whisky a raudales o gánsteres despiadados.

Pero, cuando pasados unos segundos se intenta trasponer esos destellos al ámbito concreto de Madrid, esas imágenes se atenúan y difuminan, dejando sitio a un carrusel de preguntas que ponen en duda esas primeras impresiones: ¿fueron de verdad unos años tan locos y felices?, ¿son quizá recuerdos poetizados e idealizados por los terribles acontecimientos que ocurrieron en las décadas anterior y posteriores?, ¿hasta qué punto son estereotipos contaminados por la visión que ha transmitido el cine hollywoodiense?, ¿representan de forma verosímil el Madrid de esa época?

La exposición "*Los 20 del xx. Un garbeo por Madrid*", organizada por los Archivos de la Comunidad de Madrid, da respuesta a estos y otros interrogantes que surgen alrededor de unos años sin duda asombrosos de los que se cumple ahora su centenario, al tiempo que proporciona al ciudadano del siglo XXI una visión fidedigna de aquella década y de la forma de entender la vida hace justo un siglo. Y lo hace, como no puede ser de otra forma, a través de los fondos que se conservan en el Archivo Regional de la Comunidad de Madrid (ARCM), que se revelan, una vez más, como un extraordinario hilo narrador para contar esta historia llena de historias y de vida.

Porque si algo tienen estos fondos es precisamente eso, vida, expresada de muy distintas maneras



Edificio con carteles publicitarios y puestos de libros y fruta en la calle. 1922.
ARCM. Colección Madrileños. Signatura MIDE0002_000008.

a través de los muchos y diferentes testimonios que contienen los documentos conservados en un archivo que, durante sus cuarenta años de existencia, no ha hecho sino velar por la guarda y custodia del patrimonio documental de esta región. Ardua tarea, sin duda, que ha tenido como resultado la formación de un conjunto documental nada despreciable para un archivo autonómico tan joven que da idea de la increíble riqueza documental de esta Comunidad, casi sesenta mil metros lineales de documentos textuales y algo más de dos millones de imágenes fotográficas con los que es posible viajar por los últimos seis siglos de historia.

Si se tiene en cuenta no solo este volumen, sino también el amplio período cronológico que abarca esta exposición y la voluntad de mostrar en ella el mayor y más diverso contenido posible, resulta fácil entender que seleccionar los documentos que mejor personifiquen esta época ha sido una labor compleja. El resultado, sin embargo, no podría ser mejor, pues el visitante se encuentra con un conjunto de documentos que, desde el primer momento y sin apenas darse cuenta, le cogen de la mano y le sumergen en un plácido paseo por el Madrid de los años 20 que le descubre una perspectiva diferente de una década que bien puede calificarse de revolucionaria.

Nada resulta más sencillo que aquello que se puede ver, de ahí que las fotografías tengan un

papel protagonista en este paseo. No solo porque forman parte de unos fondos que son el ejemplo patente de los esfuerzos realizados por esta Comunidad durante los últimos veinticinco años para proteger una parte del patrimonio documental antaño casi olvidada y que hoy, sin embargo, se ha convertido en *trending topic*. También porque, con unas autorías, procedencias y temáticas tan diferentes como complementarias entre sí, estas imágenes han hecho del ARCM un lugar de referencia donde todos los interesados en la fotografía y en la historia reciente -sean aficionados noveles o estudiosos especializados- pueden conocer e investigar desde diferentes prismas los últimos ciento veinticinco años. Por último, y no por ello menos importante, porque la multiplicidad de detalles recogidos en ellas ofrece al espectador la posibilidad de obtener sus propias conclusiones, pues cada mirada -y, por tanto, cada mente- percibe matices únicos que en ocasiones resultan invisibles a todos los demás.

Las fotografías que modelan y articulan este paseo forman parte de ocho de las colecciones y fondos fotográficos conservados en el ARCM, algunos viejos conocidos ya de los fieles seguidores de los Archivos de la Comunidad de Madrid. Y, sin ánimo de desmerecer a ninguno, pues es cierto que todos ocupan un lugar importante en esta muestra, sería injusto no destacar la deuda que ésta tiene con tres de ellos: la *Colección Madrileños* y los fondos *Gerardo Contreras* y *Cristóbal Portillo*.



Los Reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia en el andén de la Estación del Norte junto a su comitiva. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124012_0010.

Hablar de la *Colección Madrileños* es hablar de una *rara avis* dentro del ARCM, pues lejos de ser un fondo documental al uso, resultado de la trayectoria personal y laboral de un fotógrafo profesional a lo largo de su vida, las casi veinticinco mil reproducciones digitales que la conforman tienen como nexo común, además de haber sido voluntariamente entregadas por sus propietarios, el haber sido realizadas por ciudadanos de a pie, completos desconocidos en este ámbito, carentes la mayoría de las veces de formación específica, aficionados en esta materia en el mejor de los casos o solo con un gran anhelo por disponer de una fotografía que retratara a su familia, amigos y conocidos, su trabajo, su ciudad, sus paisajes o aquello que veían en su entorno más inmediato. El resultado es una colección fresca, natural, dinámica y que pone de relieve el valor de la espontaneidad amateur desde finales del siglo XIX. Un acervo extraordinario que suscita al mismo tiempo una profunda reflexión sobre el enorme interés que despertó la fotografía en los años 20 a pesar del esfuerzo económico nada desdeñable que debió suponer para la mayoría de esas personas.

Como contrapunto, los fondos *Gerardo Contreras* y *Cristóbal Portillo* son el epítome de los pro-

fesionales de la fotografía, en el primer caso como fotoperiodista que comienza en la década de los 20 su andadura profesional en distintos medios de comunicación y en el segundo como fotógrafo que en esa época trabaja para la Escuela de Pilotos de Getafe en vísperas de abrir su propio estudio. Sus imágenes, fechadas en las décadas centrales del siglo XX, deben entenderse como el resultado de una profesión, una forma de ganarse la vida, matiz indispensable para comprender por qué ofrecen ópticas diferentes, mejor calidad técnica y encuadres más pensados y trabajados. ¿Significa eso que son inferiores a las de la *Colección Madrileños*? En absoluto, pues si algo puede decirse del más del millón de imágenes que conforman ambos fondos es que son excepcionales. Simplemente, la autoría y características de las mismas obligan al espectador a contemplarlas, pensarlas y sentir las con una percepción diferente.

Completan la parte fotográfica de este garbeo las imágenes menos numerosas en volumen, pero semejantes en calidad a las demás, pertenecientes a los fondos y colecciones Postales de Madrid, Galerías Preciados, Instituto Cardenal Cisneros, Juan M^o Martínez de Bourio y Nicolás M^o de Ugoiti

y Achúcarro, para los que esta muestra representa una magnífica oportunidad de ser presentados en sociedad, aunque sea mostrando una ínfima parte del enorme potencial que albergan. Algo similar a lo que ocurre también con el puñado de documentos textuales que, a modo de colofón, se recogen en ella, pues no hay paseo que se precie que no incluya una buena lectura, referida, en este caso, al fondo Diputación Provincial de Madrid y a los ya mencionados Instituto Cardenal Cisneros, Juan M^º Martínez de Bourio y Nicolás M^º de Urgoiti (quien –salta a la vista– está pidiendo paso para enseñar todo su esplendor en una exposición propia), a los que se añaden algunos otros prestados por el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid y la Biblioteca Regional de Madrid.

Todos estos documentos conversan con los paseantes y les susurran en voz baja relatos en los que arquitectura, sociedad, moda, cultura, tecnología, educación, ocio, espectáculos, periodismo o feminismo se fusionan hasta formar una amalgama de historias a través de las que viajar a aquellos años. Una experiencia atrevida en la que nada resulta ser lo que parece, pues estos documentos, como si fueran ilusionistas realizando un truco de magia, se transforman en espejos cuyas imágenes se reflejan entre sí, demostrando que todo en este paseo está intrínsecamente relacionado.

Solo así se comprende que la fisonomía de la ciudad en estos años sea algo más que un mero contenedor inerte. No cabe duda de que durante los años 20 se consolida un proceso de cambio que viene de tiempo atrás y que las calles, los edificios, los estilos arquitectónicos perfilan un urbanismo muy característico que explota en esta década y convierte a la ciudad en una metrópoli moderna. Basta contemplar las imágenes del Círculo de Bellas Artes y de algunos de los edificios que jalonan una Gran Vía que se finaliza en esta década -Telefónica, Palacio de la Música o Palacio de la Prensa- para darse cuenta de ello.

Pero, si de verdad se quiere comprender y, sobre todo, sentir ese urbanismo en toda su expresión, entonces debe mirarse con los ojos de las personas que en aquel momento le dieron vida a través de su día a día, sus tradiciones y costumbres, su trabajo y su forma de ocio y diversión. Y nada mejor para ello que observar las imágenes de gente paseando, cómo no, por la Gran Vía, tomando refrigerios en pequeñas terrazas junto a quioscos ya desaparecidos o disfrutando de un chato en tabernas que hoy se consideran castizas, pero que en

tonces eran casi el único lugar de esparcimiento de las clases más bajas. También esas otras de obreros y empleados delante y dentro de fábricas, talleres, tiendas y comercios mostrando orgullosos sus oficios y su lugar de trabajo, como las cigarrerías de la antigua tabacalera de la calle Embajadores. O las de la gente arremolinada en la Puerta del Sol el día del sorteo de la lotería de Navidad y aquellas otras de las multitudes que colapsaron las calles de la ciudad durante el entierro de las víctimas del incendio del Teatro Novedades.

Y no es lo único. Aunque persistan antiguos modos y formas de vida, la ciudad acepta de forma silenciosa y tranquila la llegada de unos nuevos tiempos a los que se adapta con facilidad y que, poco a poco, abren puertas y mentalidades que propician e impulsan nuevas actividades, tal como que un matrimonio de turistas alemanes pueda dar la vuelta a España en bicicleta; que los automóviles adquieran tal protagonismo que no solo obliguen a transeúntes y tranvías a compartir las calles de la ciudad con ellos, sino que la aceptación y propagación de su uso sea tal que alcance la categoría de deporte; que la aeronáutica encuentre en esta ciudad uno de sus puntales como campo de experimentación; o que los avances en el ámbito de la investigación policial den lugar a la creación de departamentos de archivo y huellas dactilares, algo que no puede por menos que recordar a modernas series de televisión.

Todo ello es posible gracias a una sociedad ávida de información, que lee, que se educa, que está informada. Una sociedad, por tanto, que busca avanzar y progresar. No hay mejor prueba de ello que la *Enciclopedia Espasa-Calpe*, que durante estos años lleva la cultura como nunca antes a la clase media española; la creación de la *Casa del Libro* en la Gran Vía, inaugurada como la primera de las librerías en las que poder acceder directamente a los libros, técnica que sigue hoy tan vigente como hace cien años; el inicio de la construcción de la Ciudad Universitaria; o la impartición de cursos para extranjeros en la Residencia de Estudiantes. Aunque si algo da una idea certera de la metamorfosis que se produce durante esta década, eso es, sin duda, el auge de la prensa escrita, de la que el periódico *El Sol* o la revista *Estampa* son dos de sus mejores ejemplos. Prensa de todo tipo y orientación política, cuyas ediciones de mañana y tarde a precios muy asequibles permite que la información llegue a casi todos los estratos de población.

Los 20 son años de cambio, de transformación, de evolución, pero no de igualdad plena, pues, a



Clase de geometría en la Residencia de Señoritas. 1920. ARCM. Colección Madrileños. Signatura MAFE0031_000003.

pesar de los indudables avances que se producen en esta época, las diferencias económicas y de estilo de vida se mantienen. Las imágenes de los partidos de polo en la Casa de Campo, las carreras de caballos en los hipódromos o las señoritas de bien recaudando fondos para la lucha contra la tuberculosis producen una fuerte sacudida al compararlas con aquellas otras de comidas caritativas servidas en el Cine Madrid a pobres y desfavorecidos o de niños vendiendo ristra de ajos en la calle para ganar unas pesetas con las que contribuir a la economía familiar.

Donde sí se produce un avance sin paragon hasta entonces es en el papel que desempeña la mujer. Si algo se desprende de las imágenes de esta exposición es que durante estos años la mujer toma conciencia de sí misma, se empodera y pide salir a un mundo que, hasta entonces, le estaba vetado. Y lo hace de todas las formas imaginables: desde ser Miss España a practicar deportes como el esquí por parejas o el golf, pasando por conducir coches, ser actriz o vedete, estudiar para ser maestra, enfermera, mecanógrafa o piloto de avión o acceder a puestos de trabajo hasta entonces reservados a los hombres. Todo ello acompañado del que, quizá, es el cambio más visible y con el que más habitualmente se identifican los años 20: la transformación en la moda femenina. Los vestidos se acortan, las piernas

quedan a la vista, los escotes cambian y los moños y recogidos desaparecen para dejar paso a medias melenas con ondas marcadas, todo lo que, si se piensa, no deja de ser un desafío y provocación a la educación y tradiciones heredadas del pasado (incluidas, cómo no, las sexuales).

Es difícil condensar en este texto todo lo que se puede hablar de esta exposición, pero sí queda hueco para incluir una mención y agradecimiento a quienes la han hecho posible: la Jefa del Área de Planificación y Programación Archivística y los Servicios de Difusión y Divulgación y de Restauración y Reproducción de Documentos de la Subdirección General de Archivos y Gestión Documental de la Comunidad de Madrid; las empresas *PeiPe* y *Cariátide*; y las aportaciones del ARCM. El resultado de su trabajo, dedicación y cariño es una exposición dinámica, vitalista y realista que demuestra que los años 20 no fueron tanto años locos como años llenos de inquietudes, emprendimiento y avances en todos los campos; que más que felices, estuvieron cargados de ilusión y proyectos de futuro; que la necesidad de esparcimiento y entretenimiento fue la tónica general frente a una situación política, económica y social cuanto menos compleja; y que su recuerdo ha llegado vivo y fresco hasta nuestros días gracias a unos fondos documentales extraordinarios que están a disposición de todos los ciudadanos.



Alrededores de la calle Segovia. [Años 20]
ARCM. Colección Madrileños. Signatura PARI0003_000093.

La década en la que se gestó la Guerra Civil

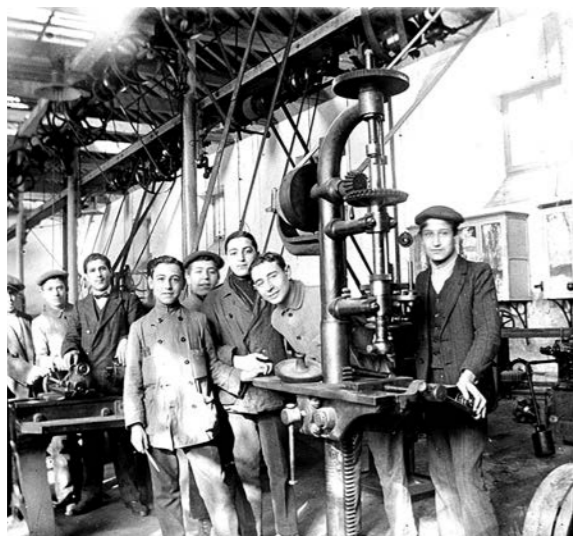
Pedro Montoliú
Cronista Oficial de la Villa de Madrid

La década de los veinte es una de las etapas más interesantes de nuestra historia por la cantidad y profundidad de los cambios que se produjeron en España a nivel político y social, que iban a conducir primero a la proclamación de la Segunda República para desembocar a continuación en una Guerra Civil. Para Madrid fueron unos años en los que tuvo que enfrentarse a una transformación urbana que iba a condicionar el futuro de la capital.

En tan solo diez años, los madrileños y el resto de los españoles sufrieron los efectos del fin de la Primera Guerra Mundial; una derrota militar en Marruecos que recordó la sufrida en Cuba y Filipinas; una dictadura que barrió la estructura política y constitucional existente desde 1876; unos gobiernos que no supieron cómo enderezar la situación; y una estructura económica que creó una profunda brecha entre clases. Todo ello constituyó el caldo de cultivo de la Guerra Civil.

En esta década, Madrid pasó de 751.000 a 864.000 habitantes, una parte de los cuales sufrió un grave problema de falta de trabajo y de vivienda. Los veinte comenzaron con la caída de la economía, que en ciudades como Madrid se puso de manifiesto en el cierre de fábricas y el descenso de trabajo en la construcción, al igual que en Asturias se cerraron minas, en Bilbao se redujo la actividad de los astilleros o en el campo disminuyó la producción agrícola como consecuencia del descenso de las exportaciones que habían beneficiado a España durante la Primera Guerra Mundial.

De esta forma, en 1921 los trabajadores en activo eran tan solo el 35 por ciento de la población madrileña repartida, principalmente, en la industria y



Grupo de jóvenes posa en el taller junto a sus herramientas de trabajo. 1920.

ARCM. Colección Madrileños. Signatura JABE0001_000174.

la construcción (42,8 por ciento) y los servicios (49,5 por ciento). Con unos sueldos que oscilaban entre las quince pesetas mensuales que cobraban las niñeras y las trescientas cincuenta que recibían los cajeros de los bancos, la mayor parte del salario familiar se gastaba entonces en alimentación (un 65 por ciento), si bien la vivienda, que a comienzos de la década suponía un 10 por ciento del salario, empezó a incrementarse de forma alarmante.

Las razones fueron varias. La primera fue que el incremento de vecinos no fue parejo al de las viviendas. Si entre 1915 y 1920 la población había pasado de 631.000 a 751.000 habitantes (un 19 por ciento) la cifra de viviendas lo hizo de 157.000 a 172.000 (un 9 por ciento), lo que obligó a muchos habitantes a buscar alojamiento en Chamartín, Canillas, Vicálvaro, Vallecas, Carabanchel Alto, Carabanchel Bajo, Fuencarral o Canillejas.

La segunda razón fue la especulación, tanto de los terrenos —en Madrid había más de cuatro millones de metros cuadrados sin edificar repartidos por los diez distritos que entonces tenía el casco urbano de la capital— como de las viviendas, pues se multiplicaron las peticiones de declaración de ruina. Y la tercera fue el aumento de los precios de los materiales de construcción y el incremento que sufrieron los salarios como consecuencia de

la presión de los trabajadores, lo que se tradujo en una caída de las solicitudes de licencia municipal para construir, que el Ayuntamiento intentó paliar suprimiendo algunos impuestos.

La falta de vivienda se tradujo en un aumento de los alquileres. Las disposiciones del Gobierno apenas lograron variar la situación. Es cierto que en 1920 el ministro Gabino Bugallal logró que se aprobara un decreto por el que se congelaron los alquileres en la cuantía que tenían en 1914, pero pronto los propietarios buscaron el medio para saltarse la norma. Desde su aprobación, propietarios e inquilinos mantuvieron una pelea constante y si bien la Asociación Oficial de Vecinos e Inquilinos de Madrid, creada en 1923, logró el mantenimiento de la norma hasta la Guerra Civil, los propietarios lograron que año tras año se fueran introduciendo excepciones, al tiempo que se desentendían de la conservación de sus casas y buscaban su declaración de ruina. Como el decreto de congelación de alquileres no se aplicaba a los nuevos contratos en una ciudad en la que había una gran movilidad, pues muchos trabajadores buscaban casa cerca de donde obtuvieran un trabajo, los alquileres se fueron encareciendo, de forma que en 1928 el 54 por ciento de los pisos ya se rentaban por más de ochenta pesetas al mes, lo que obligó a las familias a reducir los gastos en alimentación.

Al incremento del precio se sumaba la mala calidad de la vivienda. Se calcula que en 1921 faltaban 15.000 pisos, pero la cifra en vez de bajar creció en los años siguientes, pues operaciones urbanísticas como la Gran Vía hicieron que las miles de familias que vivían en las 319 casas que se derribaron para abrir este eje se quedaran en la calle. A ello se unía el hecho de que los madrileños vivían hacinados, pues si en 1921 se calculaba que 70.000 personas habitaban en las corralas —algunas de ellas con hasta 800 vecinos—, y más de 50.000 personas se repartían por las 14.000 chabolas y cuevas existentes, siete años más tarde el subdelegado de Medicina del Ayuntamiento aseguraba que casi 56.000 de las 222.000 viviendas existentes eran insalubres y se mantenía el problema del hacinamiento, pues solo en 438 casas habitaban 92.500 vecinos.

Por lo tanto, era necesario crecer y ello pasaba por urbanizar el extrarradio, extenderse más allá del límite municipal y reordenar varias zonas del Ensanche mediante la supresión de cementerios como los del Patriarcal y San Martín, aprovechando que en 1925 fue abierta la Necrópolis del Este,

o eliminando equipamientos como el Hipódromo, en la Castellana, cuyo cambio de emplazamiento fue autorizado por el Gobierno siempre que el nuevo fuera costeado por el municipio.

Las campañas municipales para derribar las chozas levantadas, sobre todo en la zona de Vallehermoso, fueron poco efectivas, pues los afectados las volvían a levantar. Para evitarlo, las autoridades comenzaron a enviar a sus ocupantes a sus pueblos de origen, práctica que a partir de ese momento se utilizaría repetidas veces en la historia de la ciudad.

La situación de falta de trabajo llegó a tal punto que varios miles de madrileños, al igual que otros españoles, optaron por buscarlo en el extranjero, especialmente en Cuba y Argentina. Asimismo, frenó la llegada de personas de otras provincias, con lo que la población de Madrid quedó a expensas del crecimiento vegetativo que, afortunadamente, fue positivo, pues aumentaron los nacimientos y disminuyeron las muertes gracias a la mejora de la sanidad, la higiene y la alimentación. Hay que tener en cuenta que desde 1920 los trabajadores de las grandes empresas incluyeron entre sus reivindicaciones que sus compañías llegaran a acuerdos con otras del sector para crear clínicas u hospitales para los empleados.

Entre tanto, el centro de Madrid, a medida que progresaban las obras de la Gran Vía, estaba cambiando de imagen como consecuencia de la construcción de grandes edificios: Almacenes Rodríguez; Seguros La Estrella; el Banco Guipuzcoano; la Casa Matesanz; los hoteles Alfonso XIII, Atlántico, Metropolitano o Gran Vía; el teatro Fontalba; el Circulo de la Unión Mercantil e Industrial; o el edificio Madrid-París. Ello provocó un efecto dinamizador de toda la zona y así se levantó el palacio del Hielo y del Automóvil, en Duque de Medinaceli; el hotel Florida, en Carmen; el hotel Victoria, en la plaza de Santa Ana; el hotel Nacional en Atocha; el ministerio de Marina, en el paseo del Prado; y el Banco de Bilbao, la banca Calamarte y el teatro Alcázar, en Alcalá, calle en la que también concluyeron las obras del ministerio de Instrucción Pública (hoy Educación).

Este efecto se redujo en la segunda parte de la década, ya que las obras del tercer tramo de la Gran Vía se paralizaron a causa del debate público que se abrió sobre si esta parte de la calle debía pasar de veinticinco a treinta y cinco metros de anchura para igualarla al segundo tramo. Finalmente, en 1928 se dio la autorización para



Plano general del recorrido del Canal de Isabel II publicado para la Exposición Iberoamericana de Sevilla. 1929.

ARCM. Fondo Nicolás M^a de Urgoiti y Achúcarro. Signatura 462128_011.

ampliar la calle, ante lo que Horacio Echevarrieta, concesionario de las obras, pidió que se aumentara también la altura de los edificios hasta los treinta y cinco metros. Como el Ayuntamiento se negó, recurrió al Gobierno, que lo autorizó con carácter excepcional. La ampliación conllevó la demolición del mercado de los Mostenses y de una parte del convento de jesuitas de la Flor, lo que obligó al Ayuntamiento a pagar a la orden un millón de pesetas, importe que sería impugnado una vez acabada la dictadura.

El cierre de la Gran Vía obligó igualmente a cambiar la rasante de la calle Princesa, lo que supuso el derribo de la ermita de la Cara de Dios. También obligó a reformar Bailén, lo que exigía derribar el antiguo ministerio de Marina que contenía piezas importantes como el despacho de Godoy o la escalera monumental. El despacho se pudo llevar al nuevo ministerio de Marina del paseo del Prado tras una importante reforma; la escalera logró salvarse, pues, tras varios años en los que el Ayuntamiento solicitó en numerosas ocasiones el derribo de la parte del edificio que la contenía, se decidió mantenerlo en pie y hoy es el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

La apertura de la Gran Vía hizo que los promotores inmobiliarios apostaran por este tipo de transformaciones urbanas mediante el mismo sistema de gestión, consistente en que el Ayuntamiento expropiara las casas y las cediera al concesionario para que este las derribara, construyera el saneamiento, urbanizara los terrenos, vendiera las par-

celas y pagara al consistorio el canon fijado. Algunos de estos planes urbanísticos llegaron incluso al Pleno municipal, a pesar de que conllevaban el derribo de numerosas fincas y afectaban al patrimonio histórico-artístico de la ciudad. En este sentido, se llegó a proponer la apertura de ejes que seccionaban las plazas Mayor y de la Villa y suponían el derribo de edificios como la Academia de la Historia, el palacio del marqués de Perales, el Gobierno Civil o la iglesia de San Luis.

Otro eje que sufrió demoras fue la prolongación de la Castellana, pues hubo problemas administrativos, faltaba dinero para sustituir el Hipódromo y el Canal de Isabel II decidió que había que situar el cuarto depósito justo en lo que iba a ser la salida del paseo. Este último problema se pudo arreglar después de que el entonces presidente de la Diputación, Luis Sainz de los Terreros, se llevara a los periodistas a la zona para mostrarles el perjuicio que causaba tal ubicación. La denuncia de la prensa hizo que se agilizaran las negociaciones, en las que el municipio de Chamartín ofreció la parcela en la que finalmente se situó el depósito. Asimismo, se crearon la plaza Jacinto Benavente y se le dio forma circular a la glorieta de la Puerta de Toledo.

La situación del urbanismo era muy deficiente. A los cuatro millones de metros cuadrados del Ensanche sin edificar se sumaban otros cuarenta y cuatro millones en el extrarradio para los que tan solo se contaba con el plan redactado por Núñez Granés en 1916 que los técnicos consideraban desfasado. Además, los municipios colindantes carecían de planeamiento. Ante ello, el Ayuntamiento decidió aprobar las bases de un concurso internacional para elaborar un Plan de Extrarradio y Extensión de Madrid, cuya ratificación por parte del ministerio de Gobernación paralizó la concesión de licencias en el extrarradio, lo que agravó el paro obrero. Se creó una Oficina Municipal de Información sobre la Ciudad que en dos años debía tener toda la documentación que se entregaría a los concursantes. El concurso fue convocado en julio de 1929 y en noviembre la Oficina pudo entregar la documentación a los 25 concursantes que se presentaron, si bien al final fueron doce los equipos que presentaron sus propuestas. El primer premio fue declarado desierto, pues todos incumplían alguno de los puntos, pero el más valorado y al que se dio una gratificación de cien mil pesetas fue el de Secundino Zuazo y Hermann Jansen, que se apoyaba en la Castellana como el gran eje del crecimiento de Madrid; proponía una descentralización basada en anillos

concéntricos, el último de los cuales albergaba los núcleos satélites; y zonificaba la ciudad.

En estas circunstancias, la construcción se resintió. Las leyes de Casas Baratas que se sucedieron en este periodo tan solo permitieron crear unas seis mil quinientas viviendas, repartidas en una treintena de colonias de hotelitos. No obstante, la publicidad que se daba a cada primera piedra y a cada entrega de viviendas daba la impresión contraria. A ello ayudó también la construcción de unos cuarenta grandes inmuebles en el casco urbano, algunos en el entorno de la Gran Vía, como el cine Callao, los palacios de la Música y de la Prensa, la sede de la Telefónica o el Círculo de Bellas Artes, y otros en zonas más alejadas como la plaza de toros de Las Ventas. Paralelamente, algunos inmuebles importantes estuvieron a punto de caer bajo la piqueta. Fue el caso del Hospicio de la calle Fuencarral, que finalmente fue comprado por el Ayuntamiento a la Diputación por seis millones de pesetas; o del Teatro Real, a raíz de que aparecieran varias grietas debido al uso de explosivos en las obras que abrían el ramal de Metro entre Sol y Ópera. El que no se salvó de la especulación fue el Teatro Apolo, que cerró sus puertas en 1929, después de que el solar fuera adquirido por el banco de Vizcaya.

Las constructoras preferían centrarse en la ejecución de las carreteras que el Gobierno sacaba a concurso antes que en la construcción de viviendas. Además de ser más rentable, las compañías aprovechaban las obras para comprar aquellos terrenos que se iban a revalorizar por el paso de las nuevas vías. Otra de las actuaciones que captaba el interés de las empresas fue la construcción de la Ciudad Universitaria, puesta en marcha por deseo del rey en 1927. Para conseguir los ciento treinta millones que se calculó costaría la urbanización y la construcción de los edificios universitarios se creó un sorteo de la Lotería Nacional que empezó a celebrarse en 1928. Veintisiete meses después de que se creara la Junta de la Ciudad Universitaria ya se pudo fallar el concurso para realizar el movimiento de tierras. No obstante, con estas obras no se cubría la demanda de trabajo existente, como lo prueba el hecho de que al final del periodo aquí tratado el 40 por ciento de los 121.000 albañiles que había en Madrid estaba en paro.

En consecuencia, la conflictividad laboral fue de menos a más a lo largo de la década. La defensa de la jornada de 48 horas a la semana, que se había logrado en 1919, pero que fue cuestionada



Comida ofrecida en el Cine Madrid a los más desfavorecidos. [1928].
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124090_00001.

durante años por los empresarios; el pago a partir de 1924 de las cincuenta pesetas que reclamaban las obreras en concepto de maternidad; o el aumento de los salarios, fueron algunos de los temas que motivaron la convocatoria de huelgas.

Frente a esta situación de falta de trabajo y vivienda, a las empresas les iba muy bien. En estos años surgieron Huarte, Entrecanales, Agromán, Telefónica o Iberia y abrieron grandes almacenes como Casa Palazuelo, Rodríguez, Eleuterio, Castañer (luego Simeón), Madrid-París o San Mateo. Los bancos Bilbao, Vizcaya, Hispano Americano, Español de Crédito, Urquijo y Central multiplicaron por cinco sus beneficios, gracias a su entrada en los consejos de administración de numerosas compañías y a que se quedaron con las acciones de muchas empresas extranjeras que operaban en España afectadas por la guerra mundial. La buena situación de las entidades crediticias permitió que bancos como Urquijo, Bilbao y Español de Crédito y las empresas Hidroeléctrica Española y Unión Eléctrica Madrileña constituyeran la Sociedad Madrileña de Tranvías, que ya en su primer año de funcionamiento transportó a 154 millones de viaje-

ros. El acuerdo alcanzado entre nueve bancos permitió la constitución de la Compañía Arrendataria de Monopolio de Petróleo, SA (Campsa), que obtuvo la concesión del servicio, y la unión de otros diez bancos permitió la creación del Banco de Crédito Exterior de España. Asimismo, en 1921, después de que los tribunales anularan la incautación municipal de la Fábrica del Gas, que se había producido cuatro años antes, las empresas Unión Eléctrica Madrileña, Sociedad Hidroeléctrica Española, la Cooperativa Electra Madrid Hidráulicas Santillana y la Compañía Madrileña de Alumbrado y Calefacción por Gas constituyeron Gas Madrid. La nueva sociedad se hizo cargo de la fábrica y firmó un acuerdo con el Ayuntamiento para ocuparse del alumbrado público.

Mientras el número de madrileños que vivían de la caridad iba en aumento, la principal entidad que se ocupaba de atender sus necesidades, la Asociación Matritense de Caridad, pasaba por una situación dramática a consecuencia de la prohibición del juego, ya que hasta ese momento habían sido los impuestos sobre esta actividad su principal vía de financiación. La decisión del Gobierno



Interior de una estación del Metropolitano Alfonso XIII. ARCM. Colección Postales de Madrid. Signatura 0169-R.

presidido por José Sánchez Guerra de cerrar todos aquellos locales donde se jugara, salvo los casinos de sociedades, supuso un duro golpe para esta asociación que se agudizó cuando Primo de Rivera, muy aficionado a las cartas, prohibió totalmente el juego en octubre de 1924. La asociación propuso entonces destinar el uno por ciento de los alquileres a obras de caridad, pero el Gobierno decidió establecer una cuota benéfica obligatoria que iba de 0,25 a 1,50 pesetas de cada viajero que se hospedara en hoteles, fondas, pensiones o casas de huéspedes, cantidad que resultó insuficiente.

En estas circunstancias, los comedores municipales y los que abrieron diversas asociaciones privadas se saturaron y resultaron insuficientes las plazas que se fueron abriendo sucesivamente en las instalaciones municipales. Al Asilo de Yeserías se le sumaron en este periodo el llamado Depósito Provisional de Mendigos (Arganzuela), el Parque de Sanidad Municipal (Prosperidad), el Parque Sanitario de Mendigos (paseo de las Delicias) y hasta las Casas de Socorro que actuaron como albergues en los días más fríos. En contraste con esta situación, los madrileños más adinerados pa-

gaban catorce pesetas por un menú en el Palace o el Ritz, pasaban quince días en el Gran Balneario La Toja por 425 pesetas o hacían un crucero por el Mediterráneo al llegar el verano. Quienes no estaban en ninguno de estos extremos se tenían que conformar con tomar un menú del día por una peseta en un establecimiento de comidas y desplazarse hasta la Dehesa de la Villa para aliviar los calores del verano.

Esta dicotomía se hacía patente en todos los ámbitos. En la década de los veinte se produjo un resurgir científico gracias a la labor de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en 1907 en el marco de la Institución Libre de Enseñanza. La Junta creó numerosos organismos científicos y centros de investigación, al frente de los cuales puso a las figuras más señeras como Ramón y Cajal, Menéndez Pidal, Blas Cabrera, Julio Palacios o Julio Rey Pastor, por citar algunos. También a la sombra de la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes, creada en 1910, se dotó de laboratorios que fueron puestos bajo la dirección de científicos como Juan Negrín, Antonio Medinaveitia, Gonzalo Rodríguez Lafora o Pío del Río Hortega.

En sus instalaciones, con el apoyo del Comité Hispano Inglés y de la Sociedad de Cursos y Conferencias, dieron conferencias Ravel, Falla, Bernard Shaw, Howard S. Carter, Ortega y Gasset, Poulenc, Chesterton, Marinetti, Le Corbusier, Keynes o Albert Einstein, entre otros.

En contraste con este auge cultural y científico, el 9,2 por ciento de los hombres y el 20,4 por ciento de las mujeres que vivían en la capital eran analfabetos, porcentajes que si bien eran inferiores a los nacionales (33,6 y 51,7 por ciento, respectivamente) eran preocupantes. El estudio hecho por las autoridades en 1924 dio unos malos resultados: 45.000 niños madrileños estaban sin escuela y de los 55.700 que estudiaban, 20.000 lo hacían en escuelas nacionales o municipales y los 35.700 restantes asistían a escuelas privadas, de ellos 18.200 regidas por instituciones religiosas. Cuatro años después, el número de niños sin escuela había descendido hasta los 30.000, pero no porque se hubiera hecho un esfuerzo por parte de las autoridades. El número de alumnos en escuelas públicas se había incrementado en tan solo 2.600 plazas, mientras que el de los centros privados se había incrementado en 22.100.

Tampoco ayudaba a ver el futuro con optimismo la evolución de la ciudad. Los diez alcaldes que tuvo Madrid en este periodo se enfrentaron a la falta de presupuesto, lo que impidió mejorar el alumbrado, formado principalmente por faroles de gas; la urbanización, ya que se calculaba que faltaban por pavimentar un millón de metros cuadrados; y el abastecimiento, pues, para acabar con los diez mil vendedores que trabajaban en los mercadillos callejeros, se estimaba que había que construir diecinueve mercados de distrito, reformar el mercado de la Cebada y edificar un mercado central de Frutas y Verduras, otro de Pescados y un tercero de Aves. A ello se unía la falta de agua en muchas zonas, ya que las obras para ampliar la red estuvieron paralizadas desde 1923 hasta 1929, debido a que el Gobierno no autorizó el crédito solicitado por la compañía. El Canal de Isabel II solo consiguió el permiso para abordar la ampliación cuando anunció que acometería las obras con sus propios recursos.

Eso no significa que no hubiera avances. Aunque con grandes demoras, se pudo poner en marcha el nuevo Matadero de Legazpi, construir seis grandes centros escolares con capacidad para 5.000 alumnos; concluir las obras de encauzamiento y saneamiento del Manzanares entre el Puente de los Franceses y el arroyo Abroñigal; dotar de una

red de saneamiento a las principales calles del Ensanche; abrir la Necrópolis del Este con capacidad para 345.000 cuerpos; e instalar los primeros semáforos que funcionaron en la ciudad.

En 1924 se produjo una importante novedad para la circulación. Hasta ese momento en Madrid los coches circulaban por la izquierda, al contrario de lo que ocurría en las carreteras nacionales. Esta singularidad provocaba numerosos accidentes, a pesar de los carteles situados a la entrada del casco urbano que recordaban a los conductores que habían de cambiar el sentido de la marcha. Para acabar con esta situación, el Gobierno acordó que todos los vehículos debían circular por la derecha y dio de plazo a los turismos hasta el 10 de abril y a los tranvías cuarenta y cinco días más para que adaptaran las líneas, pero la compañía prefirió ceñirse a la norma general para evitar accidentes.

El crecimiento de la ciudad obligó a replantear el transporte. La Sociedad Madrileña de Tranvías que año tras año se situaba a la cabeza en número de viajeros transportados terminó absorbiendo a la Sociedad General de Autobuses de Madrid; la creciente demanda de Metro hizo que en estos años la red subterránea se extendiera de forma que desde Sol ya se podía ir a Tetuán, Puente de Vallecas, Ventas y Cuatro Caminos, una estación a la que se llegaba tanto por Bilbao como por Quevedo; y había dos mil taxis, un servicio también muy demandado por unos usuarios que no entendían cómo a las cinco tarifas diferentes que se cobraban, en función del tipo de vehículo y del número de viajeros, se les sumaron otras cuatro. Muy importante para Madrid fue la constitución en 1928 de la Junta del Aeropuerto de Madrid, que se ocupó de la compra de los terrenos de Barajas por 730.000 pesetas y de la convocatoria del concurso para levantar la primera terminal de viajeros.

La sociedad madrileña vivió esta transformación como parte del cambio que se estaba produciendo en todos los ámbitos. El servicio del teléfono pasó a ser automático, sin mediación de la telefonista; comenzaron a instalarse en las calles surtidores de gasolina para los coches; se comercializó por primera vez carne congelada, bolas de chicle a diez céntimos y cepillos para encerar los suelos; se empezó a multar a quienes trataran mal a los animales, fueran carreteros o dueños de mascotas; se iniciaron las pruebas para proyectar películas sonoras; y en la temporada 1928-1929, tras un intento frustrado el año anterior, comenzó a celebrarse un



La abogada y política Victoria Kent Siano sentada tras su escritorio. [1929-1931]. ARCM. Fondo Cristóbal Portillo. Signatura 113252_00001.

Campeonato de Liga de fútbol. Fueron los años del auge de la radio y de la publicidad; de la aparición de revistas como *Por esos mundos*, *Gutiérrez*, *Gaceta literaria* o *Crónica* y de periódicos como *Ahora*, *La Tierra* y el *Noticiero del Lunes*, que salió en 1926 para cubrir el hueco dejado por el descanso dominical de los periodistas, y que como el resto de la prensa informó de las gestas áreas del Plus Ultra, que cubrió el trayecto entre Palos de Moguer y Buenos Aires, o de la expedición Elcano, que llegó a Manila desde Cuatro Vientos.

En la crónica negra de la ciudad destacó el incendio del teatro Novedades, entre las calles Toledo, Ruda, Santa Ana y las Velas, que el 23 de septiembre de 1928 causó la muerte de 80 personas y heridas a 183; el crimen de Ricardito, como se denominó el caso del criado que en Barcelona mató a su empleador y metió su cuerpo despedazado en un cajón que envió a una dirección inexistente en Madrid, o la faena que en plena Gran Vía hizo Diego Mazquiarán *Fortuna* a un toro que se había escapado en Carabanchel y había sembrado el pánico en su recorrido.

No todo eran sucesos. La ciudad disfrutaba de una gran vida social. Los madrileños repartían su tiempo de ocio entre las verbenas y bailes populares, los espectáculos, los toros y el fútbol. Madrid contaba con veinte salas teatrales, en las que en estos años triunfaron zarzuelas como *Doña Francisquita*, *Los gavilanes* o *La leyenda del beso*; se producían musicales, que hicieron célebres pasacalles como *La chica del 17*, cantada por Elvira de Amaya, o los cuplés de Raquel Meller; y en los 45 cines que abrían sus puertas al final de la década se proyectaron películas protagonizadas por Charles Chaplin, Buster Keaton, Harold Lloyd o Rodolfo Valentino. El fútbol se estaba transformando en un deporte de masas y empezaba a competir con la afición a las corridas de toros, en las que triunfaban, entre otros, Marcial Lalanda o Algabeano.

La lucha de la mujer por sus derechos en esta década iba a ser determinante en la posterior obtención del voto femenino durante la República. De hecho, el Estatuto Municipal de 1924 permitió a las mujeres por primera vez votar en las elecciones municipales, siempre que tuvieran más de

veintitrés años, fueran cabezas de familia y no estuvieran bajo la tutela de un padre o de un marido. En aplicación del estatuto, el gobernador civil, Ignacio Peñalver designó a María Echarri, Elisa Calonge y Blanca Igual como las primeras tres concejalas del Ayuntamiento de Madrid. En 1925 Victoria Kent fue la primera en ser admitida en el Colegio de Abogados de Madrid y dos años después el Gobierno nombró a varias mujeres para formar parte de la Asamblea Nacional.

En 1928 la campaña de las feministas logró que el Código Penal modificara el artículo que estaba vigente desde 1870, según el cual el marido que matara a su esposa o al amante de esta si los descubría en adulterio solo era castigado con la pena del destierro. Aunque en el nuevo texto se igualaron los sexos, se dejó a los jueces imponer una pena mínima de dos meses y un día de prisión si la muerte del cónyuge era por adulterio y dejaba a criterio del magistrado si la condena debía figurar en los antecedentes penales. Ese año, en el que se celebró el primer concurso de belleza para elegir a Miss España, cinco mujeres ya ocupaban una cátedra de instituto y María Bernaldo de Quirós obtuvo el título de piloto de aviación. En 1929 Pilar Careaga consiguió el título de ingeniero industrial y al año siguiente se contabilizaron 878 alumnas en la Universidad Central, frente al centenar que cursaban estudios universitarios en 1918.

A la falta de puestos de trabajo, de alquileres asequibles o de plazas escolares se sumaba la situación política del país que en estos diez años fue muy convulsa. En su primer tramo fueron muy frecuentes, en especial en Cataluña, los llamados «crímenes sociales», producto del enfrentamiento entre patronos y obreros. La tensión alcanzada por estos sucesos se dejó sentir en Madrid en marzo de 1921 a raíz de que fuera asesinado Eduardo Dato, presidente del Consejo de Ministros, en la plaza de la Independencia.

Cuatro meses después, los madrileños conocieron el trágico resultado de la arriesgada operación militar que, al parecer, contó con el apoyo del rey, y que fue dirigida por el general Manuel Fernández Silvestre, comandante general de Melilla. En el que pronto fue calificado como el desastre de Annual murieron 8.500 militares españoles, entre ellos el jefe de la expedición. No iba a ser el último sobresalto que agitara la década: el 13 de septiembre de 1923 Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, dio un golpe de Estado que triunfó cuando el rey, tras reunirse con los generales que habían conspirado con el

golpista, decidió nombrar a Primo de Rivera presidente del Directorio militar.

Los tres primeros años de este directorio supusieron un fuerte retroceso en las libertades democráticas. Se suspendió la Constitución; se decretó el estado de guerra; se aplicó la censura previa; se ordenó que los delitos de armas fueran juzgados por tribunales militares; comenzaron las detenciones de cenetistas y comunistas y se cerraron sus sedes; el Congreso y el Senado fueron disueltos y sus presidentes cesados con la aquiescencia del rey; los gobernadores civiles fueron sustituidos por gobernadores militares; se sustituyó a los concejales por vocales asociados en más de nueve mil municipios, entre ellos el de Madrid; y se detuvo a alcaldes, concejales y funcionarios de varios ayuntamientos acusados de corrupción, alguno de los cuales se suicidó.

Cuando políticos e intelectuales salieron del desconcierto causado por el golpe de Estado y expresaron su rechazo, comenzaron los procesamientos y las órdenes de destierro. En 1926, tras producirse algunos movimientos de militares contrarios a la dictadura, Primo de Rivera se vio obligado a sustituir el directorio militar por uno civil. El cambio fue interpretado por la oposición como un signo de debilidad, mientras crecía el descontento en el Ejército que el fin de la campaña de Marruecos, en julio de 1927, no aminó.

Primo de Rivera optó por enrocarse y aprobó un real decreto que le facultaba a tomar medidas discrecionales que solo podían ser recurridas ante el propio Consejo de Ministros. Ante ello, un grupo de políticos pensó entonces en organizar una insurrección militar que sustituyera la dictadura por un gobierno encabezado por un militar afín al rey que convocara elecciones y permitiera la vuelta a la Constitución de 1876. Se pensó en el general Francisco Aguilera para que encabezara el golpe que se fijó para el 24 de junio de 1926, por lo que fue llamado «la sanjuanada». La acción fracasó, pues no tuvo el apoyo suficiente y el Gobierno, avisado, detuvo a muchos de los conspiradores. El procesamiento de hasta treinta personas, entre ellas tres generales, que fueron defendidas, entre otros, por Alejandro Lerroux, Fernando Ledesma, Álvaro de Albornoz, Melquiades Álvarez, Niceto Alcalá Zamora o Pedro Rico, fue un revés para Primo de Rivera, pues el tribunal declaró a todos inocentes menos a seis militares de los que la mayor pena, ocho años, recayó en el coronel Segundo García, que ya tenía antecedentes por haber intentado pronunciarse

anteriormente contra el dictador. El general Aguilera fue condenado tan solo a seis meses y un día de prisión correccional.

La situación se complicó cuando Primo de Rivera intentó unificar el sistema de ascenso en todas las armas para que se tuvieran en cuenta los méritos de guerra, ya que quería premiar a los militares africanistas. Los jefes y oficiales de Artillería se levantaron en contra de la medida, lo que motivó la declaración del estado de guerra en todo el territorio. Si bien un consejo de guerra condenó a muerte al director de la Academia de Artillería, los artilleros consiguieron del rey, primero, que se cambiara la pena de muerte por otra de reclusión perpetua y, luego, que se declararan extinguidas todas las responsabilidades y se archivaran las causas abiertas.

También el intento de Primo de Rivera de crear una Asamblea Nacional que redactara una nueva Constitución provocó el rechazo tanto de los representantes de los partidos constitucionales, que abogaban por recuperar el texto de 1876, como de los republicanos que abogaban por la abolición de la monarquía. Para forzar a Alfonso XIII a acabar definitivamente con el sistema parlamentario, el dictador convocó un plebiscito que ganó con el apoyo del 56 por ciento de los trece millones de votantes, pero de nada le sirvió. El régimen vivía horas bajas y a lo largo de 1929 se produjo un nuevo levantamiento de los artilleros, que también fracasó, y una huelga universitaria convocada por la Federación Universitaria Escolar, que exigía la derogación del artículo 53 de la Ley de Bases para la Reforma Universitaria por el que se reconocía a las universidades privadas de la Iglesia, es decir a los jesuitas de Deusto y a los agustinos de El Escorial, el derecho a dar el título oficial a los estudiantes. Las amenazas de pérdida de matrícula, las destituciones de rectores y directores universitarios, las cargas y detenciones no impidieron que la huelga se extendiera lo que hizo que los miembros de la clase acomodada que enviaba a sus hijos a la Universidad pidieran la mediación del rey que intervino 74 días después de iniciado el paro estudiantil. El polémico artículo terminó siendo derogado, pero Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Luis Jiménez de Asúa, Felipe Sánchez Román y Alfonso García Valdecasas decidieron renunciar a sus cátedras.

A las protestas se sumaron la patronal y los sindicatos afines al régimen, descontentos con la actuación de los comités paritarios, que funciona-

ban en todos los sectores y que estaban formados por el mismo número de representantes de patronos y trabajadores, la mayor parte de estos de UGT. La puntilla al régimen se la dio la situación económica que empeoraba mes tras mes, pues afloraron los déficits que habían permanecido ocultos durante la dictadura. José Calvo Sotelo presentó su dimisión como ministro de Hacienda y Primo de Rivera intentó salir del conflicto proponiendo al rey un nuevo Gobierno dirigido por un civil y reclamando el respaldo de los mandos militares. Ante la falta de apoyo del rey y de sus compañeros, Primo de Rivera adujo problemas de salud y dimitió. La excusa no era falsa, pues mes y medio después falleció en París a causa del agravamiento de la diabetes que sufría. Trasladado a Madrid fue enterrado en la sacramental de San Isidro.

Le sustituyó Dámaso Berenguer a quien el rey encargó que, apoyándose en los restos de los partidos conservadores y monárquicos, intentara levantar toda la estructura política que había desmantelado Primo de Rivera. De esta forma, los jefes y oficiales del Cuerpo de Artillería fueron amnistiados; la Asamblea Nacional fue disuelta; los gobernadores, salvo los de Madrid y Barcelona, fueron sustituidos; se renovó la mitad de las corporaciones volviendo a hacer concejales a los más votados en las elecciones anteriores a la Dictadura y completando los consistorios como el de Madrid con grandes contribuyentes; y se restituyó a sus cátedras a los cinco que habían dimitido, así como a Miguel de Unamuno, a quien se había suspendido de empleo y sueldo y cesado como vicerrector y decano de la facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Salamanca.

El problema era que la Dictadura ya había dejado un país polarizado entre patronos y trabajadores, monárquicos y republicanos, diarios conservadores y liberales y militares peninsulares y africanistas. Nadie parecía estar conforme con la situación que se vivía y Berenguer, desconcertado, optaba por autorizar unos actos políticos y prohibir otros, razón por la que se calificó esta etapa como «dictablanda».

La clase política contraria al régimen decidió aunarse y los representantes de varios partidos, algunos creados uno o dos años antes, comenzaron a reunirse en el Ateneo, como paso previo para el encuentro que tuvieron en San Sebastián donde se nombró un comité revolucionario con la misión de que triunfara el republicanismo. Una serie de accidentes de la construcción ocurridos

en noviembre de 1930, que se saldaron con varios trabajadores muertos y la carga de los guardias en la plaza de Neptuno durante el entierro de cuatro obreros con el balance de otros dos muertos y 45 heridos —15 de ellos por sable y 14 por disparos—, dio paso a los preparativos de una insurrección militar que debía ser seguida de una huelga general convocada por UGT. Finalmente el golpe fracasó pues el capitán de Infantería Fermín Galán se adelantó a la fecha prevista y levantó la guarnición de Jaca. Al tener noticia de lo ocurrido, el capitán general de Aragón declaró el estado de guerra y envió tropas para frenar el avance de los sublevados. En los enfrentamientos murieron 8 personas y 24 resultaron heridas. Al día siguiente, un consejo de guerra juzgaba a los cinco oficiales que se habían entregado. Galán y el capitán Ángel García Hernández fueron condenados a muerte y dos horas después ajusticiados. Tres días después se produjo un nuevo intento de levantamiento en la base de Cuatro Vientos, pero al ver que no tenían apoyo los jefes sublevados abandonaron España en tres aviones.

En esta situación, Berenguer fue sustituido por el almirante Juan Bautista Aznar que se centró en la convocatoria de elecciones municipales, provinciales y generales. La decisión del tribunal de poner en libertad a los miembros del comité revolucionario, ya que tan solo fueron condenados a seis meses y un día de prisión correccional, abrió la puerta a unas elecciones municipales en las que en Madrid fueron llamados a las urnas 196.000 de los 864.000 habitantes.

En la jornada electoral del 12 de abril, los socialistas obtuvieron 17 concejalías, los republicanos 11 y los radical socialistas 2, es decir 30 de los 50 puestos. Los monárquicos consiguieron 19 y los independientes 1. Lo mismo pasó en las grandes capitales. Tras conocer los resultados, socialistas y republicanos los consideraron como un plebiscito desfavorable para la monarquía. El 14 de abril el conde de Romanones, a petición del rey, se reunió con Alcalá Zamora en la casa de Gregorio Marañón y fijó las condiciones del traspaso, pues el rey expresó su voluntad de salir esa misma tarde de Madrid. Sobre las tres y media de la tarde fue izada la bandera tricolor en el Palacio de Comunicaciones y a las cuatro en el balcón de la Casa de la Villa. Una hora después, se convocó un Consejo de Ministros en el que el rey comunicó al Gobierno saliente su decisión; a las cinco y media el concejal socialista Andrés Saborit fue nombrado alcalde provisional; a las siete y media llegaron los miembros del Gobierno provisional al ministerio de Gobernación en la Puerta del Sol y se asomaron al balcón a saludar a los concentrados y a las nueve de la noche Alcalá Zamora como presidente del Gobierno proclamó por radio la República Española.

A pesar de que a esta década se la ha denominado como la de 'los felices años veinte' por el resurgimiento económico que se produjo en Europa tras la Primera Guerra Mundial, para Madrid, al igual que para el resto de España, fue una etapa en la que crecieron la desigualdad y la polarización social que serían el germen de la Guerra Civil que viviría el país en la siguiente década.



UNA METRÓPOLI MODERNA

En los años 20 del siglo pasado, Madrid experimentó una importante transformación que la consolidó como una metrópoli moderna.

La apertura de la Gran Vía, finalizada en esta década, fue, sin duda, la reforma urbana de mayor impacto en la capital tras la puesta en marcha del Ensanche. El trazado de la nueva calle supuso la demolición de 358 fincas, la desaparición de 19 calles, la reforma de otras 32 y la edificación de 83 nuevos inmuebles, muchos de los cuales ofrecían un imponente aspecto que confirió a la ciudad una apariencia de gran urbe a semejanza de otras capitales europeas.

El paisaje urbano sufrió una radical transformación, provocando la despoblación del hacinado casco antiguo y la expulsión al extrarradio de las clases populares como consecuencia del ascenso de los alquileres. A su vez, las capas más acomodadas también abandonaron el bullicioso centro urbano en busca de la tranquilidad y el espacio que ofrecían las calles del Ensanche.

Las principales vías del centro fueron lugar de asentamiento de nuevas empresas surgidas por el espectacular desarrollo del sector servicios, que, durante este período, se convirtió en motor del crecimiento económico de la ciudad. Los trabajadores de cuello blanco (oficinistas, funcionarios, profesionales liberales...), en creciente ascenso, compartieron espacio con un incontrolado parque automovilístico compuesto por tranvías, coches particulares y autobuses, lo que provocó no pocos problemas de circulación desde primeras horas de la mañana.

Completando la estampa efervescente que ofrecía la ciudad, aparecieron multitud de nuevos establecimientos que desplegaron innovadoras estrategias comerciales con la vista puesta en atraer a clientes ávidos de consumir novedades.

Frontis: Vista de la calle Alcalá, con tranvías y coches transitando por el centro de la vía y hombres vestidos a la moda de la época. [Años 20].

ARCM. Colección Madrileños. Signatura MASA0021_000068.



Arriba:
Obras de colocación de las vías del tranvía en la calle Segovia junto a la plaza de Puerta Cerrada. [Años 20].
ARCM. Colección Madrileños. Signatura PARI0003_000068.

Izquierda:
Calle Sacramento con la Basílica Pontificia de San Miguel al fondo. 1930.
ARCM. Colección Madrileños. Signatura PARI0003_000078.



Arriba:
Posando para la foto a las puertas de una taberna de Madrid. 1927.
ARCM. Colección Madrileños. Signatura MIAR0001_000005.

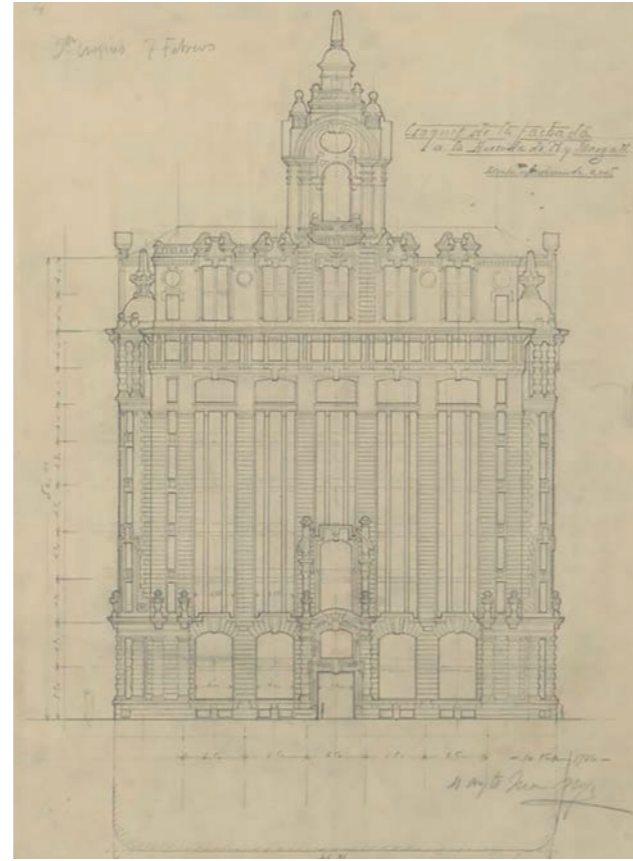
Abajo:
Vista de la calle Alcalá esquina a la calle Virgen de los Peligros,
con el Casino de Madrid al fondo y coches de la época. [Años 20].
ARCM. Colección Madrileños. Signatura MASA0021_000059.



Página siguiente:
Camino a la plaza de la Paja. 1930.
ARCM. Colección Madrileños.
Signatura MASA0021_000008.

Las calles Gran Vía y Alcalá fueron espacios privilegiados para el asentamiento de edificios de gran impacto visual. Su rasgo distintivo fue el eclecticismo arquitectónico en el que se combinaban diversos estilos, que iban del neobarroco francés decimonónico al racionalismo de los rascacielos americanos.

A partir de la construcción del edificio de *La Unión* y el *Fénix Español*, se consolidó la idea de crear fachadas monumentales que simbolizaran los modernos servicios que cada edificio ofrecía, al tiempo que el aire de los nuevos inmuebles supuso una fuerte ruptura con el viejo Madrid: frente a la moderna calle Gran Vía, el aspecto y la vida de sus calles adyacentes resultaba "más lamentable e impropio del lugar en que se hallan", como señalaba *El Imparcial* ya en noviembre de 1927.



Arriba:

Dibujo en papel vegetal, obra del arquitecto Juan Moya Idígoras (1867-1953), del primer proyecto para el edificio de la Compañía Telefónica Nacional de España, sito en la calle Gran Vía 28, 1926.

Biblioteca Regional de Madrid.
Signatura Mg.V/41.

Abajo:

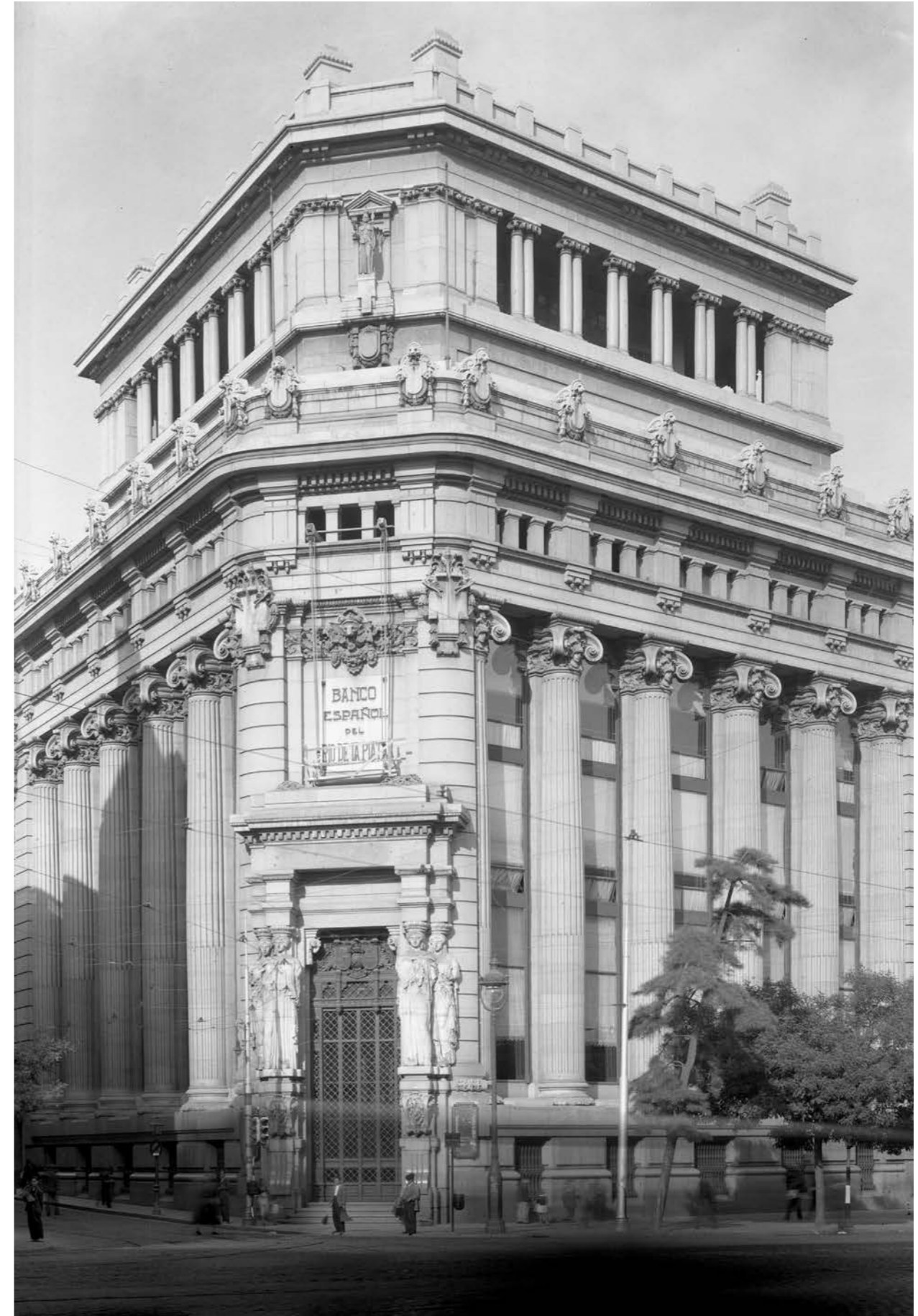
Vista de las obras de construcción del Palacio de la Prensa, situado en el número 46 de la Gran Vía. [1924-1928].

ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 124688_00001.

Página siguiente:

Fachada del Banco Español del Río de la Plata, inaugurado en 1918, actual sede del Instituto Cervantes, situado en la calle Alcalá 49. 1931.

ARCM. Fondo Cristóbal Portillo.
Signatura 113379_00001.



Toma aérea de la calle Alcalá con la cúpula de la iglesia de las Calatravas en primer plano y el edificio Metrópoli al fondo. [1931].
ARCM. Colección Madrileños. Signatura MASA0021_000062.



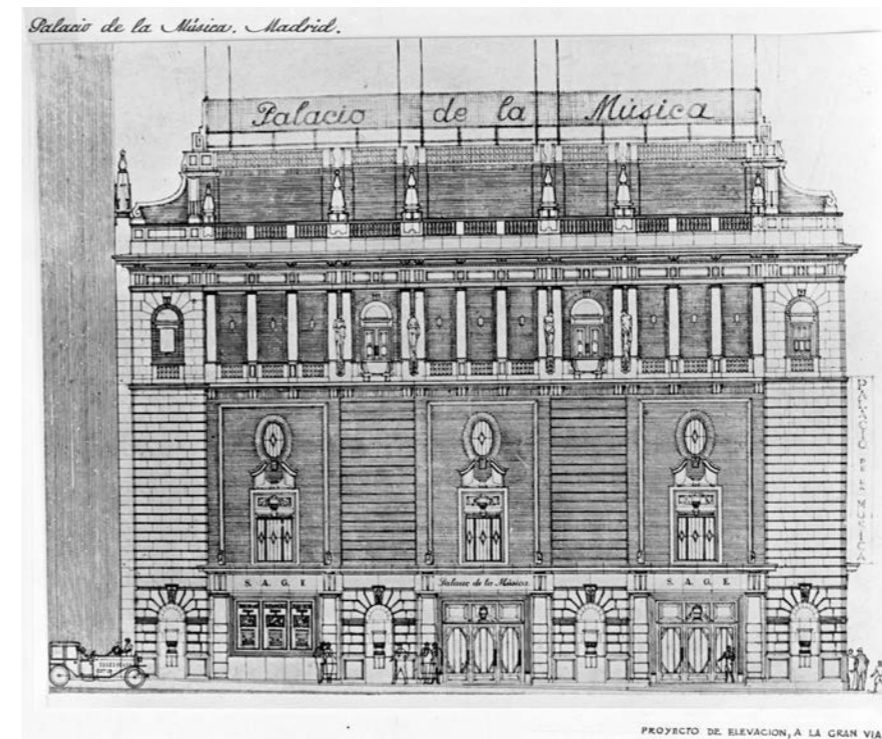
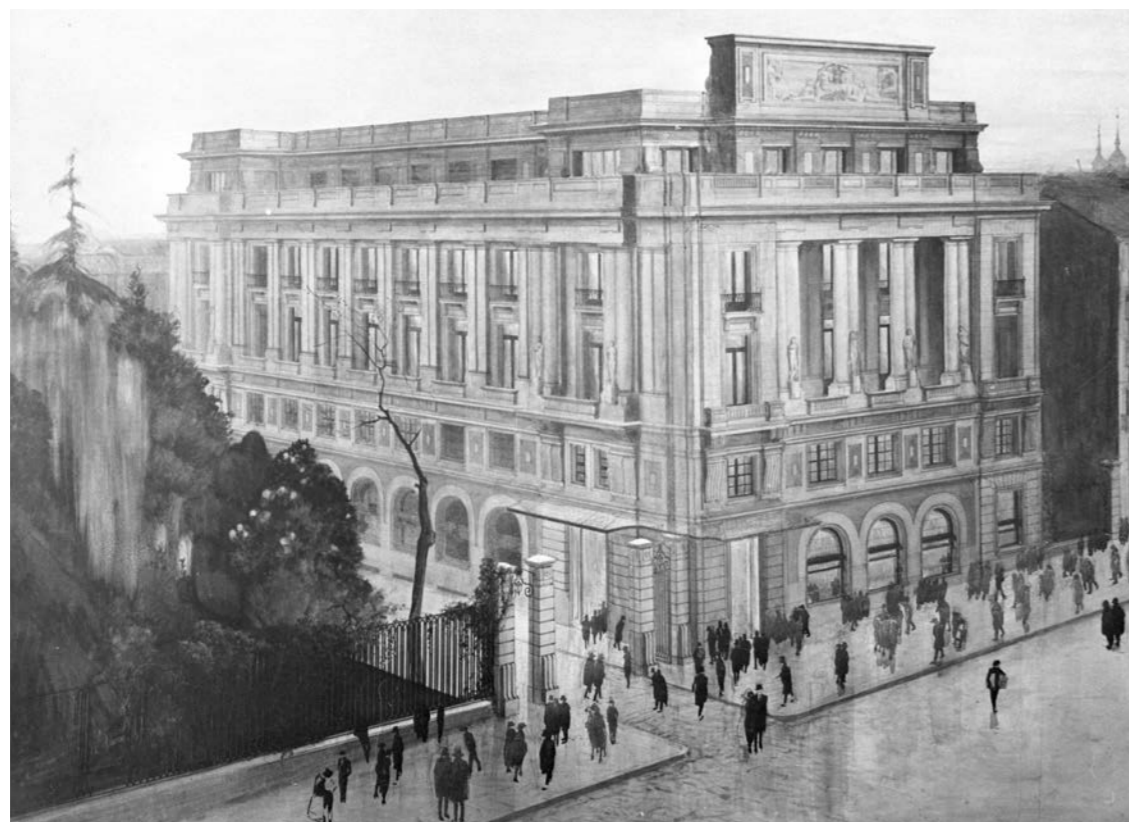
Secundino Zuazo Ugalde (Bilbao, 1887-Madrid, 1970) fue uno de los más destacados arquitectos y urbanistas del Madrid moderno, al que se deben edificaciones tan reconocidas como la Casa de las Flores o los Nuevos Ministerios.

La calidad de sus construcciones en la década de los años 20 es tal, que se ganó el reconocimiento de los jóvenes arquitectos que admiran y estudian su obra, considerándole un verdadero maestro. Precisamente de esta época son los edificios del Palacio de la Música en Madrid (1926) y de Correos en Bilbao (1927).

Su sólida formación como urbanista le permitió proyectar sus obras en sintonía con la fisonomía de la ciudad, entendiendo la arquitectura como una forma de hacer ciudad.



Izquierda y abajo:
Reproducciones de la propuesta presentada en 1919 por el arquitecto Secundino Zuazo al concurso organizado para la construcción del edificio social de Bellas Artes en la calle Alcalá 42, aunque el proyecto ganador fue el de Antonio Palacios.
ARCM. Fondo Cristóbal Portillo. Signaturas 80428_00039 y 80428_00049.



Izquierda y abajo:
Reproducción del alzado de la fachada y fotografía del patio de butacas del Palacio de la Música en la calle Gran Vía 35, inaugurado en 1926, obra de Secundino Zuazo.
ARCM. Fondo Cristóbal Portillo. Signaturas 80428_00028 y 80428_00046.





40. MADRID. - Avenida de Pi y Margall.

La apertura de la calle Gran Vía significó también la aparición en Madrid de nuevas formas de actividad comercial. Las antiguas tiendas destinadas a la venta de productos de primera necesidad dejaron paso a otros establecimientos orientados a la conquista del cliente a través de atractivos escaparates en los que se exhibían productos relacionados con tipos de ocio y comportamientos sociales modernos.

Ejemplo de ello fueron los Grandes Almacenes Madrid-París, inaugurados por Alfonso XIII en 1924, convirtiéndose en los más suntuosos de la época, con ascensores a la última, mármoles, lujosas cerrajerías y una gran cúpula a imagen y semejanza de la de los almacenes Lafayette en París.



Arriba:
Fachada de los Grandes Almacenes Madrid-París, en la avenida Pi y Margall, actual Gran Vía 32. Al fondo, se puede ver el edificio de Telefónica aún en obras.
ARCM. Colección Postales de Madrid. Signatura 0812-R.



Abajo:
Escaparate de la tienda de compraventa y empeños 'La Comercial' en la esquina de las calles Noviciado y Acuerdo. 1930.
ARCM. Colección Madrileños. Signatura LUMA0003_000001.

Página siguiente (arriba y abajo):
Edificios de la Puerta del Sol con carteles publicitarios en sus fachadas y establecimientos comerciales en la planta baja. [Años 20].
ARCM. Colección Madrileños. Signatura MASA0021_000065.

Fachada del edificio de Espasa-Calpe en la calle Gran Vía 29 y de los escaparates de la primera 'Casa del Libro'. [1926-1930].
ARCM. Fondo Nicolás M^o de Ugoiti y Achúcarro. Signatura 116302_00002r.





Arriba:
Vista de la calle Alcalá, con tranvías y coches transitando por el centro de la vía y hombres vestidos a la moda de la época. [Años 20].
ARCM. Colección Madrileños. Signatura MASA0021_000068.

Abajo (de izquierda a derecha):
La Plaza Mayor cuando aún era un jardín público con árboles, parterres y fuentes. 1920.
ARCM. Colección Madrileños. Signatura PARI0003_000063.

Vista de la calle Pintor Rosales. [Años 20].
ARCM. Colección Madrileños. Signatura PASO0001_000042.



Situado en la esquina del paseo del Prado y la calle Atocha, el Hotel Nacional fue inaugurado en febrero de 1925. La imagen de esta postal representa el momento en que el Graf Zeppelin sobrevoló Madrid el 21 de septiembre de 1932.
ARCM. Colección Postales de Madrid. Signatura 0615-R.



UN NUEVO ESTILO DE VIDA

Tradición y modernidad van de la mano en una época en la que ya se vislumbran los grandes cambios sociales que experimentará el siglo XX.

La década de los 20 fue el preámbulo de un nuevo estilo de vida que se muestra a través de unos medios de comunicación en plena expansión. La prensa, la radio y los anuncios publicitarios deslumbraban con imágenes repletas de sofisticación que difundían modelos de comportamiento protagonizados por hombres y mujeres que derrochaban elegancia, por lo que la moda se convirtió muy pronto en algo más que un elemento estético y pasó a ser la más directa tarjeta de presentación del individuo.

Sin embargo, Madrid aún seguía siendo una ciudad con marcadas desigualdades sociales, donde proliferaban los barrios chabolistas y una población que sobrevivía a duras penas con ocupaciones que, en muchos casos, ni siquiera podían considerarse empleos. Pese a ello, en estos años se reduce la tasa de mortalidad y la ciudad crece, ayudada por la inmigración, hasta alcanzar el millón de habitantes en vísperas de la proclamación de la II República.

Surgía así una gran urbe con una compleja organización, lo que provocó la aparición de nuevas profesiones y la transformación de los antiguos oficios, al tiempo que las mejoras en las condiciones de trabajo propiciaron el surgimiento de una clase media formada por empleados que disfrutaban de mayores ingresos y una mejor calidad de vida.

Frontis: Postulantes recaudando fondos para la lucha contra la tuberculosis durante la celebración de la Fiesta de la Flor. 1928.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124183_00002.



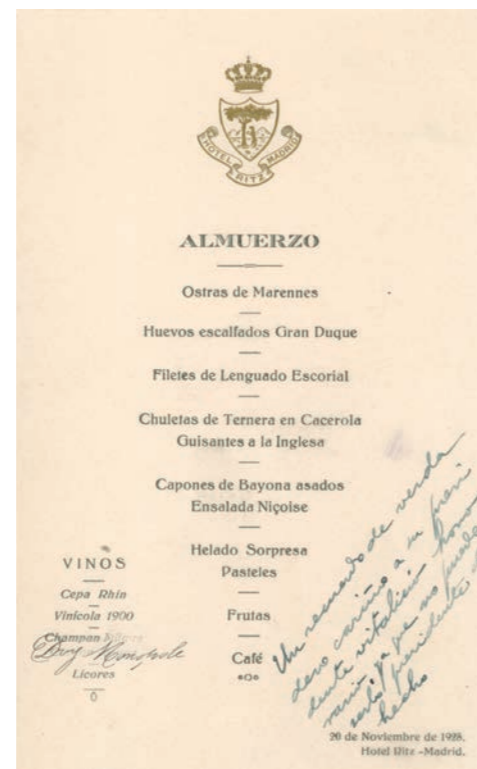
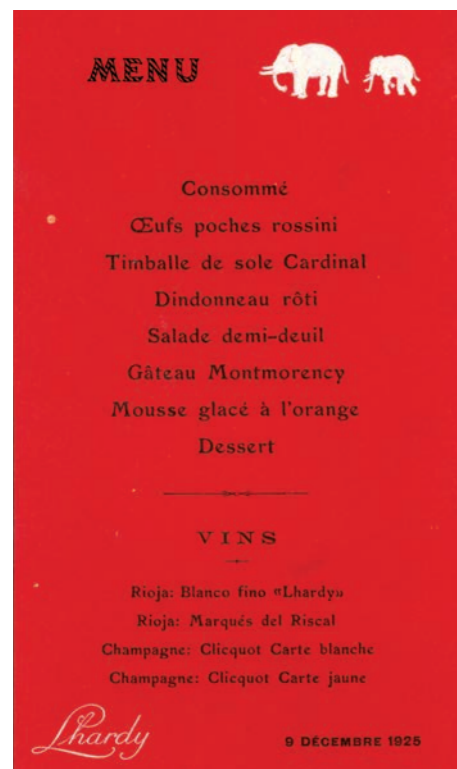
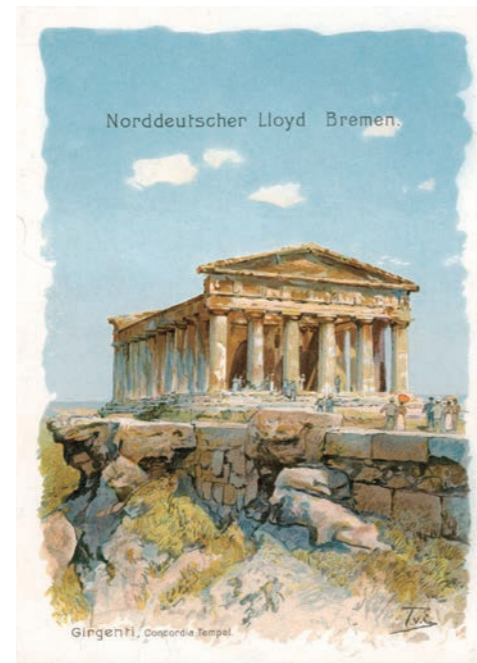
Arriba:
Público en el Hipódromo de la Castellana asistiendo a las carreras de caballos. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124219_0030.

Página siguiente (arriba y abajo):
Los marqueses de Urquijo firmando el acta matrimonial el día de su boda en la iglesia de Santa Bárbara. 1927.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124060_00006.

Retrato de grupo de la familia Urgoiti Somovilla durante una excursión a la sierra de Guadarrama. [1921-1923].
ARCM. Fondo Nicolás M^º de Urgoiti y Achúcarro. Signatura 116473_00002.



La popularización del veraneo se vio facilitada por los nuevos medios de transporte. Además de los clásicos destinos como Santander o San Sebastián, entre las clases más adineradas se hicieron cada vez más frecuentes los desplazamientos en grandes transatlánticos que ofrecían un viaje repleto de actividades lúdicas y los mejores servicios de restaurante.



Menús servidos en diferentes comidas y banquetes. [1920-1928].
ARCM. Fondo Nicolás M^º de Urgoiti y Achúcarro. Signatura 462042.

El ocio en la capital también se adaptó a las nuevas exigencias sociales ofreciendo una gran variedad de lugares de reunión y esparcimiento, destinados sobre todo a los más pudientes. Un ejemplo de ellos fue el 'Parque de Parisiana', que se instaló muy cerca del actual faro de Moncloa y se convirtió en un sitio ideal para disfrutar de las noches estivales con los mejores espectáculos.



Vista del 'Parque de Parisiana', establecimiento de recreo de la alta sociedad madrileña, ubicada en los terrenos de La Moncloa.
ARCM. Colección Postales de Madrid. Signatura 0360-R.



Arriba:
Cigarreras de la antigua fábrica de tabaco de la calle Embajadores. 1925.
ARCM. Colección Madrileños. Signatura MACA0017_000002.

Abajo:
Visita de un grupo de modistillas madrileñas al Asilo de San Rafael para entregar un donativo a los niños enfermos. 1929.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124451_00001.

Arriba (de izquierda a derecha):
Niños cargando ristras de ajos para venderlas en la calle. 1922.
ARCM. Colección Madrileños. Signatura MIDE0002_000019.

Afeitando a los clientes a las puertas de una barbería en la calle Barquillo 10. 1926.
ARCM. Colección Madrileños. Signatura PASA0002_000006.

Abajo:
Vendedor de comida vestido de marinero con su carrito en forma de barco. 1922.
ARCM. Colección Madrileños. Signatura MIDE0002_000030.



Arriba:
Salida del féretro con los restos de la actriz María Guerrero del Teatro de la Princesa, donde estuvo instalada la capilla ardiente. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124092_00003.

Abajo:
Multitud agolpada presenciando el paso del cortejo fúnebre de las víctimas del incendio del Teatro Novedades. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124231_00003.

La crónica social de los años 20 se vio impactada por dos sucesos que conmovieron a los madrileños, ambos ocurridos en 1928. El primero de ellos fue el inesperado fallecimiento de la gran actriz y empresaria María Guerrero, cuyo cortejo fúnebre reunió a miles de personas. Aún más impactante fue el incendio del Teatro Novedades, que costó la vida a 80 personas y del que salieron heridas otras 183. Las imágenes en los diarios de la época mostraron con todo lujo de detalles el horror vivido bajo el infierno de las llamas.



Izquierda:
Administración de lotería de la Puerta del Sol repleta de gente comprobando los premios el día del sorteo de Navidad. 1927.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124078_00010.

Abajo:
Vista de la calle Alcalá, a la altura de la plaza de toros de Las Ventas, con vehículos y personas que se dirigen al Cementerio de la Almudena portando flores el Día de Todos los Santos. 1929.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124450_00002.



Puesto navideño de venta de pavos en la plaza de Santa Cruz. [1928-1930].
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124675_00001.





TIEMPOS DE CAMBIO

La extensión de la cultura y la educación a sectores cada vez más amplios de la población madrileña, junto al protagonismo del proletariado de cuello blanco y la plena incorporación de la mujer al mercado laboral asalariado, confirmaron que llegaban nuevos tiempos, tiempos de cambio.

Surgieron o se afianzaron instituciones como la famosa Residencia de Estudiantes o la Residencia de Señoritas, primer centro oficial destinado a fomentar la enseñanza universitaria para mujeres en España, dirigido por María de Maeztu, y se iniciaron los trabajos de construcción de la Ciudad Universitaria. Fue también un momento de resurgir científico con la creación de importantes centros de investigación, a la cabeza de los cuales estaban personalidades como Santiago Ramón y Cajal, Ramón Menéndez Pidal, Blas Cabrera y Felipe, Miguel Catalán Sañudo o Pío del Río Hortega.

La acción reivindicativa de las organizaciones obreras, que adquirieron mayor fuerza y presencia protagonista en la vida de la ciudad, resultó determinante para que se aplicaran medidas encaminadas a mejorar las condiciones laborales y conseguir derechos sociales para los trabajadores. El movimiento obrero conquistó durante estos años alguna de sus reivindicaciones históricas, como el descanso dominical, el aumento de los salarios y, especialmente, la institucionalización de la jornada laboral de ocho horas.

La reducción de la jornada y el incremento salarial permitió a una buena parte de la población abandonar los umbrales de la subsistencia y disponer de tiempo libre y recursos para el consumo. Los trabajadores comenzaron así a dedicarse a la práctica del deporte, a frecuentar las bibliotecas populares y a disfrutar de espectáculos de masas como el cinematógrafo o el fútbol.

Frontis: Carreras de esquí por parejas mixtas disputadas en la sierra de Guadarrama. 1928.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124113_00005.



Arriba:
Grupo de mujeres jugando al golf. 1929.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 124322_00006.



Izquierda:
El atleta Carlos Blanco corriendo la prueba de los 1.500 metros del Campeonato de Atletismo de Castilla. 1930.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 141999_0001r.

Página siguiente (arriba y abajo):
Partido de polo entre veteranos y jóvenes disputado en la Casa de Campo. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 124162_00004.

Descenso a caballo de las cortaduras de El Pardo y La Zarzuela. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 124188_00008.



La construcción de la Ciudad Universitaria fue una de las obras más ambiciosas de las realizadas en esta época. Alfonso XIII hizo de ella su objetivo personal y para su planificación se visitaron varios campus extranjeros, sobre todo norteamericanos.

Sin embargo, se carecía de la financiación necesaria para construir tan ambicioso proyecto, por lo que se hicieron diversas suscripciones públicas y el 25 de julio de 1928 se estableció por real decreto una Lotería Universitaria a celebrar los días 27 de mayo de cada año que aportaría unos 8 millones de pesetas por sorteo.



Izquierda y abajo:
Visita a las obras de construcción de la Ciudad Universitaria del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Eduardo Callejo de la Cuesta. 1929.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signaturas 124396_00003 y 124396_00005.



En paralelo a esta formación reglada, la Residencia de Estudiantes fue, sin duda, una de las instituciones educativas y culturales más destacadas del país y un foro de debate y difusión de la vida intelectual de la Europa de entreguerras. Nacida con el objetivo de ampliar los estudios universitarios, su apertura permitió a una minoría muy elitista alcanzar un nivel educativo excelente.

Derecha (de arriba a abajo):
Curso para extranjeros en la Residencia de Estudiantes: retrato de grupo de los asistentes. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124203_00002.



Curso para extranjeros en la Residencia de Estudiantes: alumnos escuchando una conferencia de Pedro Salinas. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124203_00005.



Abajo:
Curso para extranjeros en la Residencia de Estudiantes: retrato de grupo con el director, Pedro Salinas, y profesores como Dámaso Alonso, Samuel Gili Gaya, Homero Serís y María de Maeztu. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124203_00001.



Mujeres decorando objetos de alfarería en la Escuela de Cerámica de Francisco Abril. 1928.
ARCM, Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124150_00001.





Arriba y abajo:
 Manifestación de apoyo a Miguel Primo de Rivera por los ayuntamientos de toda España gobernados por el partido Unión Patriótica, con motivo de los cinco años de su llegada al poder. 1928.
 ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signaturas 124223_00030 y 124223_00056.



Arriba:
 Antoni Maria Sbert i Massanet, líder estudiantil y presidente de la Federación Universitaria Escolar, en una concentración de estudiantes en la plaza de Cibeles de Madrid. [1928-1929].

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 145772_0001r.

Abajo:
 Llegada a Madrid del matrimonio Meier, turistas alemanes que dieron la vuelta a España en bicicleta. 1927.
 ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124004_00001.



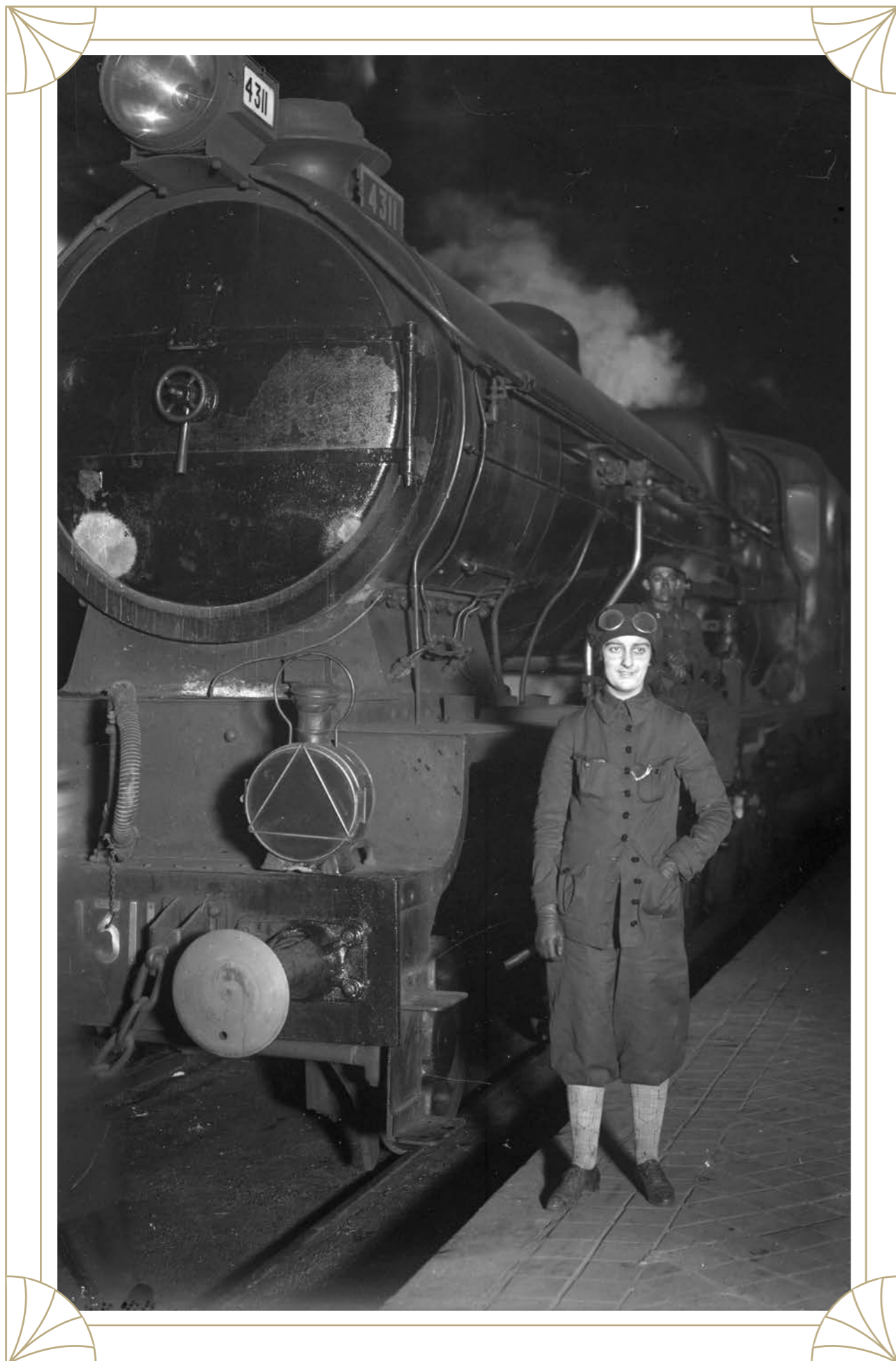


Clara Campoamor asistiendo al XII Consejo de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias celebrado en la Academia de Jurisprudencia. 1928. ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124225_00003.



Arriba:
Alumnas de la Escuela Normal de Maestras realizando ejercicios de gimnasia. 1928. ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124114_00003.

Abajo:
Estudiantes de enfermería de la Escuela de Enfermeras Profesionales del Hospital de San José y Santa Adela de la Cruz Roja. 1928. ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124184_00008.



TODO ES INNOVACIÓN

Los nuevos tiempos llegaron acompañados de multitud de adelantos científicos y de inventos que cambiaron la historia de la humanidad.

La aviación, que ya había demostrado su potencial durante la I Guerra Mundial, despegó en España en los años 20 con la puesta en funcionamiento de las primeras líneas de transporte aéreo, como la compañía *Unión Aérea Española*, constituida en Madrid en 1925 con sede en el aeropuerto de Getafe, que realizaba el trayecto entre Madrid, Sevilla y Lisboa.

La relevante aportación española al ámbito de la aeronáutica vino de la mano de grandes inventores como Juan de la Cierva y Codorníu o Heracio Alfaro Fournier y de pilotos como Benito Loygorri Pimentel o María Bernaldo de Quirós y Bustillo. No sería la única fémina que destacó en esta época marcada por la innovación: en 1929, Pilar Careaga Basabe consiguió ser la primera mujer española en obtener el título en Ingeniería Industrial, convirtiéndose también en la primera en conducir un tren.

En Madrid, los medios de transporte experimentaron un rápido desarrollo durante esta década como inevitable respuesta al crecimiento demográfico y urbanístico de la ciudad, de modo que en 1921 ya contaba con un parque móvil de 4.188 vehículos y una red de metro de tres kilómetros y medio. Paralelamente, los electrodomésticos irrumpieron en la vida diaria de los madrileños, gracias a la incorporación de la electricidad al ámbito doméstico.

El mundo cambiaba a pasos agigantados, la modernidad se extendía imparable. Nuevos medios de transporte, aparatos eléctricos que facilitaban la vida de las personas, medios de comunicación capaces de conectar a quienes vivían a miles de kilómetros de distancia, increíbles avances tecnológicos y científicos... Allá donde uno pusiera los ojos, todo era innovación.

Frontis: Pilar Careaga Basabe, primera mujer española ingeniero industrial, durante sus prácticas como conductora de una máquina de tren. 1929.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124331_00003.

Durante el período de entreguerras, se desarrolló la tecnología relacionada con la aviación y los pilotos impresionaron al mundo con sus hazañas.

Curiosamente, las mujeres fueron pioneras en este campo dentro y fuera de nuestras fronteras. Gerardo Contreras inmortalizó el momento de la llegada a España de la norteamericana Ruth Elder tras su intento de sobrevolar el Atlántico, aunque no lo consiguió por un fallo en el avión. El mismo fotoreportero realizó un reportaje a María Bernaldo de Quirós y Bustillo, primera mujer en obtener en 1928 el título de piloto en España.

Por su parte, Cristóbal Portillo realizó un extraordinario conjunto de imágenes relacionadas con la aeronáutica. No en vano tiene en su haber el título de 'Fotógrafo de Aviación', obtenido en 1920. Entre sus trabajos, destacan los que recogen los actos de presentación del autogiro de Juan de la Cierva y Codorníu y del 'Zeppelin', así como los reportajes realizados para la compañía Iberia, fundada en 1927.



Arriba (de izquierda a derecha):

María Bernaldo de Quirós y Bustillo, primera mujer en obtener el título de piloto de aviones. 1928.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 124229_00001.

La aviadora norteamericana Ruth Elder, primera mujer que intentó realizar la travesía del Atlántico, siendo recibida por diversas autoridades de la aviación militar española a su llegada a Madrid. 1927.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 124017_00006.



Abajo (de izquierda a derecha):

El piloto e ingeniero aeronáutico Heraclio Alfaro Fournier posando junto al aeroplano *Alfaro 11*, biplano monoplaza de madera contrachapada diseñado por él y construido en Getafe. [1922-1923].

ARCM. Fondo Cristóbal Portillo.
Signatura 115585_00002.

Grupo de hombres junto a un avión de hélices entre los que se encuentran el ingeniero Juan de la Cierva y Codorníu y el fotógrafo Cristóbal Portillo Robles. [1925-1930].

ARCM. Fondo Cristóbal Portillo.
Signatura 115545_00001.



Vista aérea de Madrid en la que se aprecia, en primer término, la Estación de Atocha, así como el Real Jardín Botánico y el parque de El Retiro. 1927.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124008_00001.





El nombre de Juan de la Cierva y Codorníu estará siempre asociado al invento del autogiro, antecesor del helicóptero actual.

En 1920, construyó en Madrid el primer modelo, al que llamó *Cierva C.1*. Después de varias mejoras en los siguientes prototipos, en 1924, con el modelo *C.6.*, se pudo comprobar todo el potencial de los autogiros, que empezó a distribuir por todo el mundo, convirtiéndose en un pionero de la aviación.

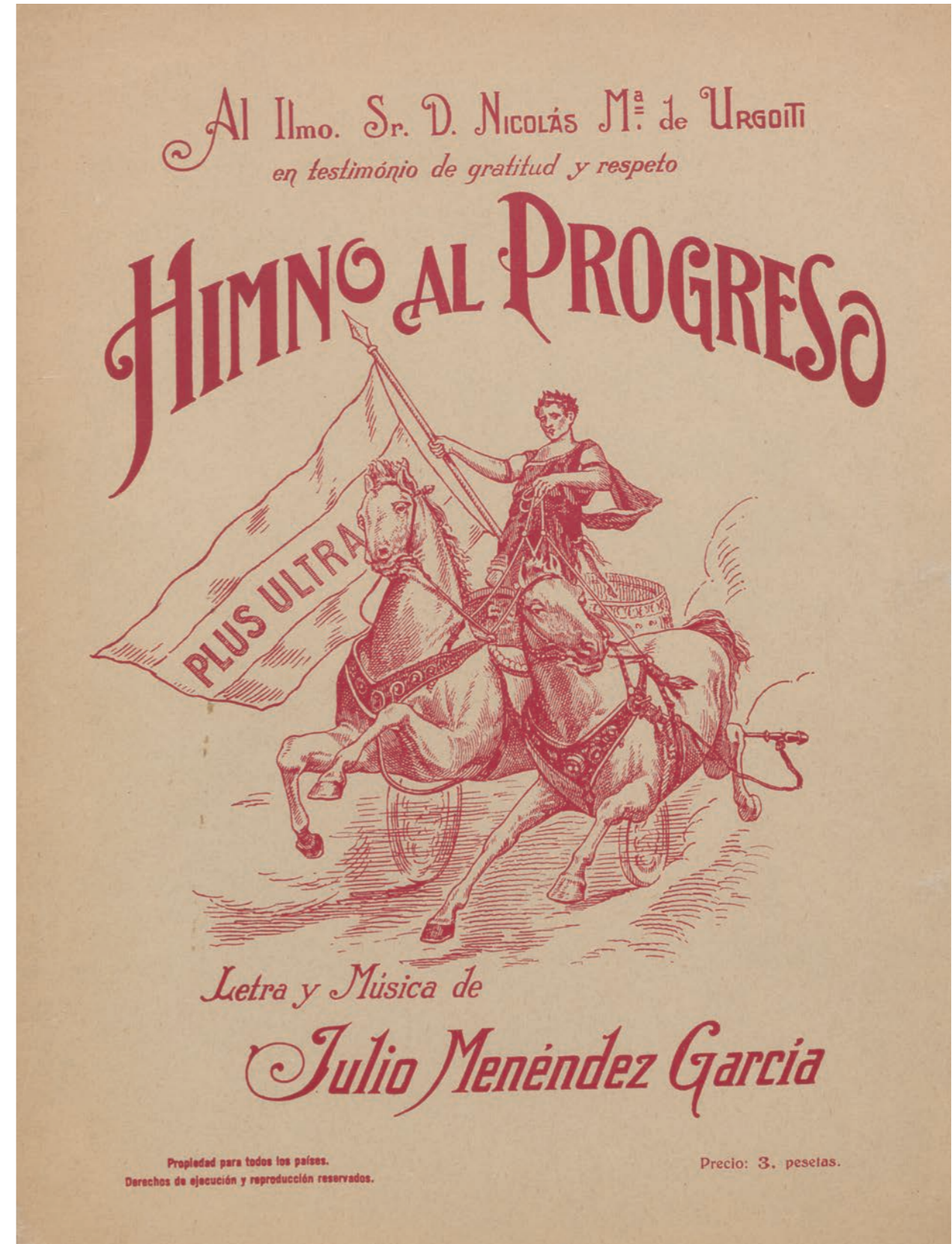
En 1928, se lanzó a pilotar sus propios aparatos y fue tal el éxito de su invento, que, en un vuelo por los Estados Unidos, aterrizó en el jardín de la Casa Blanca, donde fue recibido por el entonces presidente Herbert C. Hoover.

Paradójicamente, murió en 1936 al estrellarse un avión que no pilotaba él.



Arriba y abajo:
Juan de la Cierva junto a un autogiro modelo *Cierva C.3*. [1921-1924].
ARCM. Fondo Cristóbal Portillo. Signatura 115584_00002.

Autogiro en tierra, modelo *Cierva C.1*, diseñado por el ingeniero Juan de la Cierva. 1920.
ARCM. Fondo Cristóbal Portillo. Signatura 114072_00001.



Partitura del 'Himno al Progreso' dedicado a Nicolás Mª de Urgoiti con letra y música de Julio Menéndez García.
ARCM. Fondo Nicolás Mª de Urgoiti y Achúcarro. Signatura 462051_013.



Uno de los indicadores más concluyentes de la modernidad urbana de esta época fue la incorporación de la electricidad al día a día de los hogares.

Esto permitió instalar ascensores en muchos edificios, al tiempo que, gracias a la publicidad, los madrileños se fueron familiarizando con los primeros electrodomésticos que facilitaban la realización de las tareas del hogar —planchas, hornillos, teteras, ventiladores, estufas, aspiradores o frigoríficos...— y también con los primeros aparatos para el ocio casero, como radios, tocadiscos o pequeños proyectores cinematográficos.

La electricidad fue también imprescindible para el desarrollo de los modernos medios de comunicación, como el telégrafo, la radiotelefonía y, especialmente, el teléfono, que, al igual que el automóvil, se convirtió en estos años en uno de los grandes símbolos de progreso.

Arriba y abajo:

Interior de una cocina en la que se aprecian algunos de los adelantos de la época, como la luz eléctrica o el agua corriente. 1920.

ARCM. Colección Madrileños. Signatura ALFE0002_000117.

Taller de montaje de los vehículos *Renault Monasix* en la avenida de la Plaza de Toros. 1928.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124650_00006.



Arriba y abajo:

Primera comunicación telefónica entre España y Norteamérica, realizada el 13 de octubre desde el edificio de Telefónica, que puso en contacto al rey Alfonso XIII con el presidente de los Estados Unidos, Calvin Coolidge. 1928.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124240_00001.

Inauguración de las nuevas instalaciones de la *Compañía Transradio* en los campos de El Deleite de Aranjuez, con la asistencia del rey Alfonso XIII y del inventor Guillermo Marconi. 1929.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124435_00002.



LA SOCIEDAD DEL OCIO

Impulsado por el florecimiento cultural que trajo la denominada 'Edad de Plata', el teatro se desarrolló en la capital por encima de otros espectáculos, convirtiéndose en un fenómeno de masas que, ajeno al avance del cine, vivió en estos años una época de esplendor.

En Madrid, abrieron sus puertas decenas de salas (Español, Comedia, Reina Victoria, Zarzuela, Eslava, Latina, Price, Apolo, Novedades, Lara, Princesa...) que programaban obras clásicas, comedias y zarzuelas, aunque muchas de ellas alternaban las obras de teatro con la proyección de películas, como fue el caso del Price, donde también se ofrecieron combates de lucha libre y boxeo.

Durante la segunda mitad de la década, el teatro se convirtió en el espectáculo favorito del público madrileño, deseoso de ver las actuaciones de las grandes figuras del momento, en especial las femeninas, como Margarita Xirgu, Catalina Bárcena, María Ladrón de Guevara o Laura Pinillos, que interpretaban los textos de los autores de moda: Jacinto Benavente, Pedro Muñoz Seca, los hermanos Machado o Carlos Arniches. También los seguidores del folclore y de la revista vieron cómo triunfaban Pastora Imperio, Encarnación López (La Argentinita), Conchita Piquer, Celia Gámez, Consuelo Portela (La Chelito), Consuelo Reyes (La Yankee) o Ángel Sampedro (Angelillo).

En 1926, mientras Raquel Meller, reina del cuplé, conquistaba Nueva York y Boston, Madrid vivía la fiebre del tango, las revistas ilustradas dedicaban sus portadas a Celia Gámez y la cupletista Amalia de Isaura protagonizaba una polémica tras ser fotografiada vestida con traje de hombre. La cultura del entretenimiento se había instalado definitivamente como un elemento indispensable en la vida de los madrileños. Nacía así la sociedad del ocio.

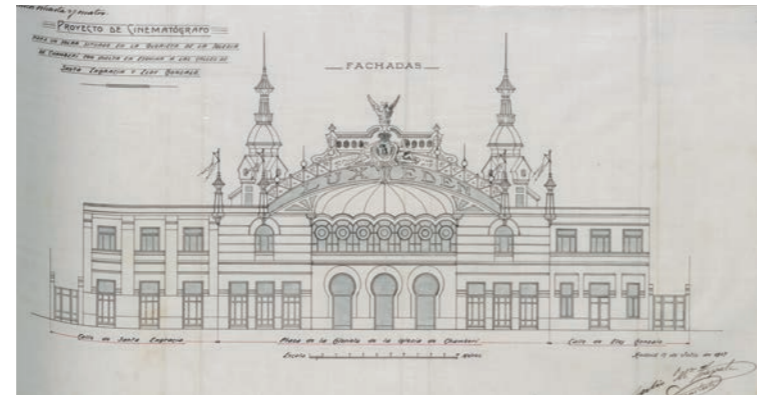
Frontis: La vedete Julia Verdiales. [1928-1930].

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124585_00003.

Junto al fútbol y el teatro, el otro gran espectáculo de masas del momento fue el cine. Al tratarse de un entretenimiento barato (entre cincuenta céntimos y una peseta), muy pronto llegó a amplias capas de la población, despertando pasiones en el público.

Los humildes barracones en los que se exhibieron las primeras proyecciones cinematográficas dieron paso, en los años veinte y treinta, a amplias salas con cientos de butacas, dotadas de todo tipo de comodidades y servicios para el público.

En 1929, cuando el cine mudo comenzaba a ser amenazado por el sonoro, Madrid contaba con una oferta de cerca de 60.000 localidades. El Coliseo, el Palacio de la Música y el de la Prensa y los cines Avenida y Callao, situados todos en la Gran Vía, eran el orgullo de la capital.



Arriba y abajo:

Alzado del cinematógrafo Lux Edén construido en la actual glorieta de Iglesia, conocido también como 'Nuevo Apolo de Chamberí'. 1907.

AHPM. T. 43441, f.2677r.-2686r.

Fachada del Real Cinema en la plaza de Isabel II.

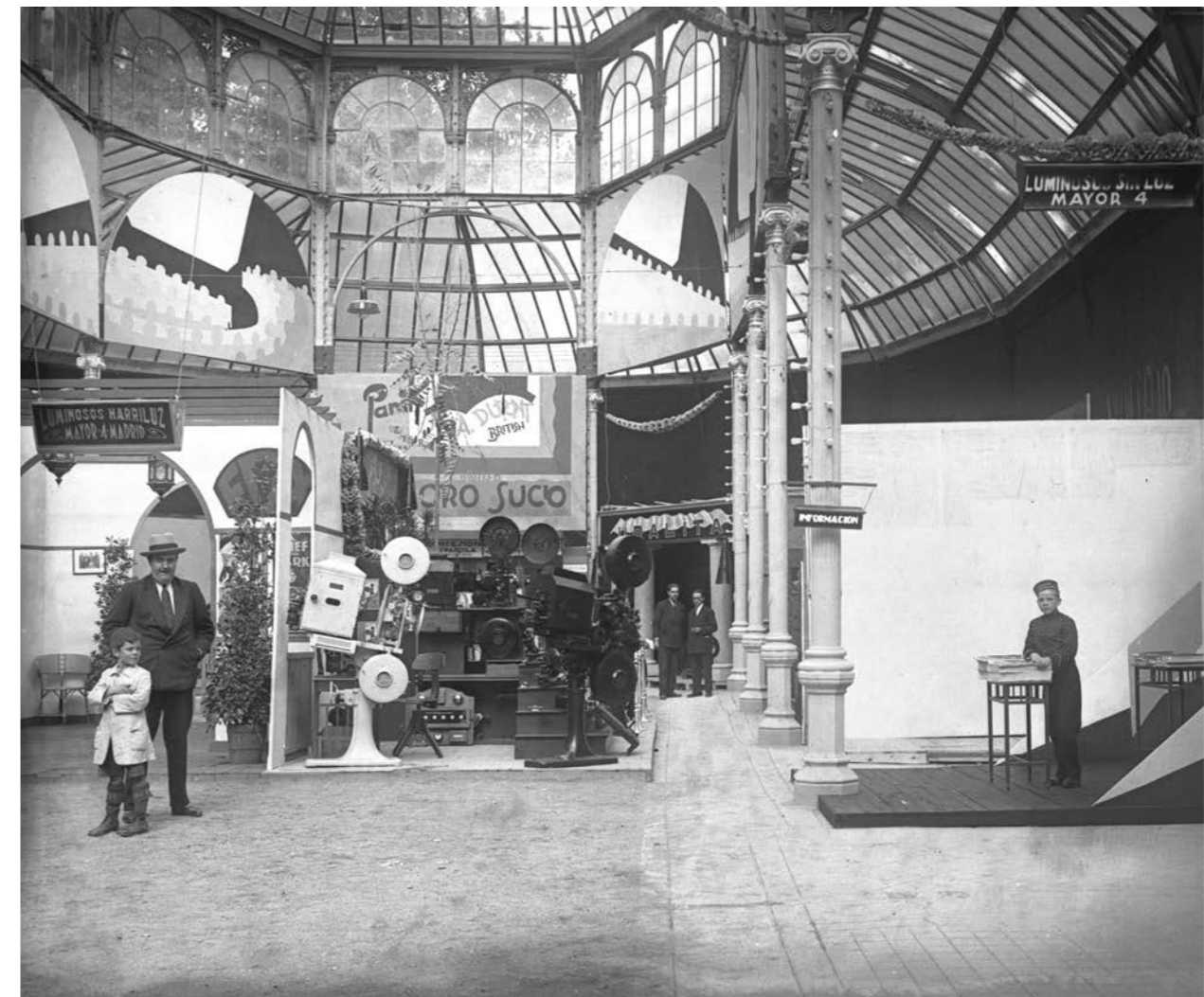
ARCM. Colección Postales de Madrid. Signatura 0587-R.



Arriba y abajo:

Inauguración del Congreso Español de Cinematografía en el Palacio de Cristal de El Retiro. 1928.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signaturas 124261_00002 y 124261_00004.



La historia de la danza española en el siglo XX no podría entenderse sin estudiar la figura de Juan M^o Martínez de Bourio. Fue administrador de compañías como la de 'Teresa y Luisillo', agente de espectáculos, gerente del Teatro de la Zarzuela, comisario delegado del Teatro Monumental de Madrid, gerente del Ballet del Festival Internacional de Segovia, director general del Ballet Nacional Festivales de España, director gerente del Ballet Clásico Español y fundador de los Estudios Amor de Dios, además de estudioso, investigador e historiador.

De esa simbiosis entre hombre de acción, ejecutivo, y persona rigurosa y reflexiva sobre aquello que le cautivaba, es heredero su archivo personal, donado en 2002 a la Comunidad de Madrid por este empresario teatral. Formado por dossieres sobre artistas y espectáculos, fotografías, programas, carteles..., así como por documentos personales y otros producidos a lo largo de su trayectoria profesional, es una valiosa fuente de información para cualquier estudio sobre el baile en España.



Cartel publicitario de la 'Compañía Ballets Españoles de Antonia Mercé, La Argentina' durante su gira por Japón. [1925-1929]. ARCM. Fondo Juan M^o Martínez de Bourio. Signatura 907067_002.



Página siguiente: Postales pertenecientes a un álbum de reproducciones fotográficas de bailarinas y cantantes de cuplé de la colección 'Las más bellas tarjetas postales. Siglos XIX-XX'. ARCM. Fondo Juan M^o Martínez de Bourio. Signatura 0074439_014.



En el año 1855, nace, cerca de la puerta de Alcalá, el Teatro Circo Price, siendo en sus orígenes poco más que un barracón mísero de lona y tablas.

Debido al gran éxito del espectáculo, Thomas Price, reconocido domador de caballos y acróbata irlandés, decidió crear en 1868 un circo estable que se ubicó en el antiguo Jardín de Recoletos, en un edificio obra del arquitecto Pedro Vidal, del que se hizo cargo William Parish tras el fallecimiento de Price.

En 1880, trasladó el nuevo Teatro Circo Price a la plaza del Rey, levantando sobre las ruinas del Circo Olímpico, que había sufrido un incendio cuatro años antes, un edificio con una superficie de 24.000 pies cuadrados con una planta baja y otra principal. El escenario donde se desarrollaban los espectáculos presentaba forma de polígono de dieciséis lados y una pista de 13,75 metros de diámetro, disponiéndose a su alrededor 3.300 localidades.

Además de actuaciones circenses, los espectáculos ofrecidos al público alternaban conciertos de música clásica, zarzuelas, números de revista, combates de lucha libre y boxeo o proyecciones cinematográficas.



Arriba (de izquierda a derecha):

Felito, excéntrico actor cómico de variedades, posando junto al cartel del Circo W. Parish donde se anuncia su actuación. 1929.

ARCM. Colección Madrileños.
Signatura ALDE0003_000011.

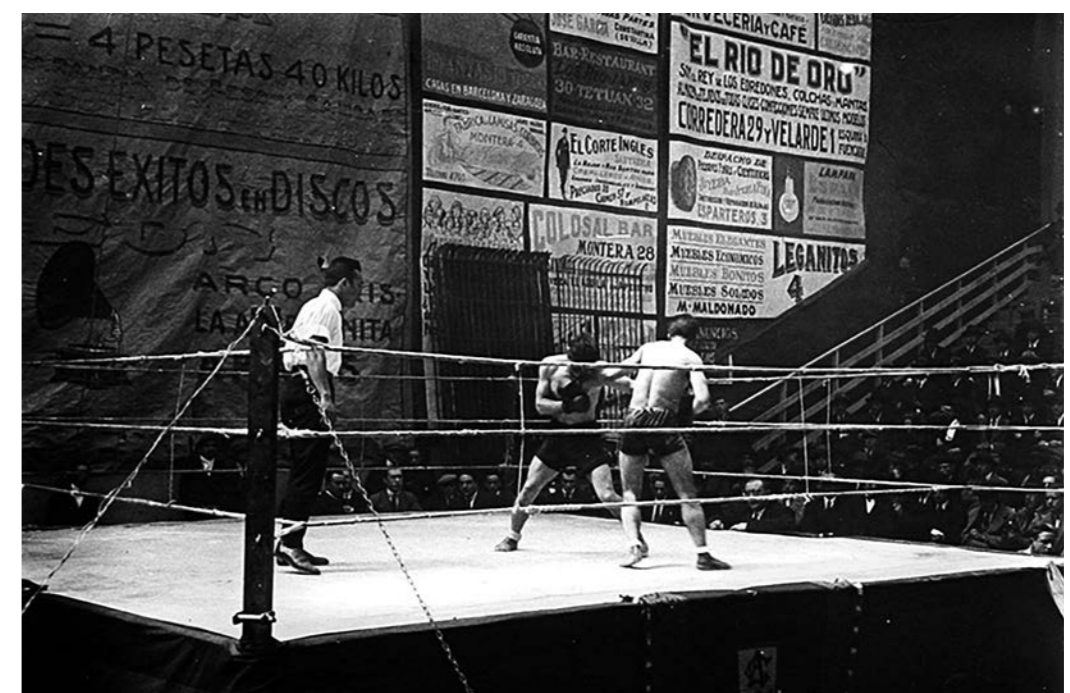
Fachada del Teatro Circo Price en la actual plaza del Rey.

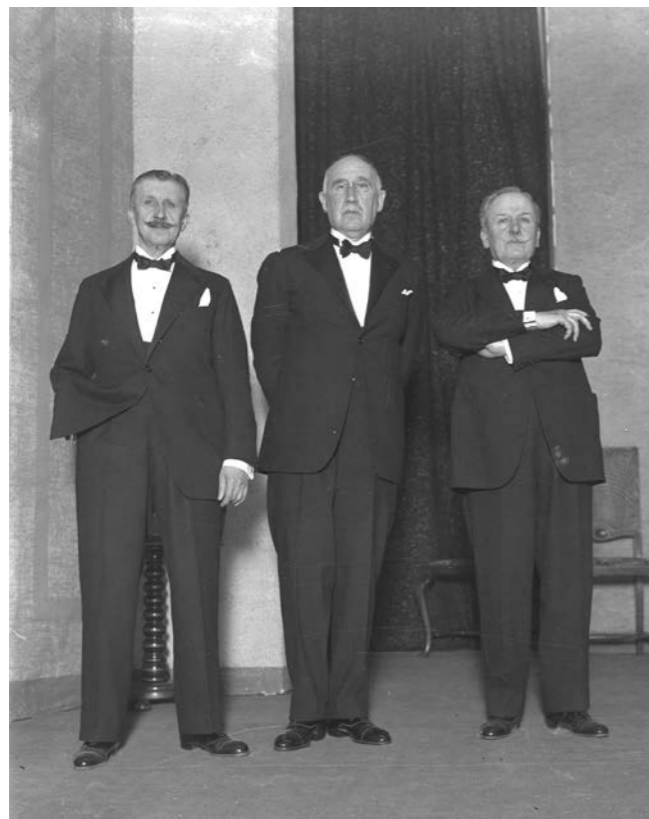
ARCM. Colección Postales de Madrid.
Signatura 0589-R.

Página siguiente:

Combate de boxeo. [1920-1929].

ARCM. Colección Madrileños.
Signatura JABE0001_000006.





Doble página (de izquierda a derecha):
Los dramaturgos Carlos Arniches y los hermanos Serafin y Joaquín Álvarez Quintero. 1928.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 124629_00001.

El dramaturgo Jacinto Benavente,
Premio Nobel de Literatura en 1922.
[1930-1936].

ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 124578_00001.

La actriz Margarita Xirgu y el escritor francés
Henri-René Lenormand en el Lyceum Club
Femenino. 1928.

ARCM. Fondo Gerardo Contreras.
Signatura 124257_00001.



Los cantantes de zarzuela Felisa Herrero (tiple), Delfín Pulido (tenor) y Arturo Lledó (barítono), entre otros, reunidos sobre un escenario. 1929.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124389_00001.



Arriba (de izquierda a derecha):
Laura Pinillos, vedete de revista musical, durante una representación. [1926-1929].

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 146723_0001r.

La vedete y cantante Constantina de Jarque Santiago, conocida como 'Tina de Jarque'. [1926-1929].

ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 146794_0001r.



ÁVIDOS DE INFORMACIÓN

Si algo refleja la metamorfosis que se produjo en esta época, fue el auge de la prensa escrita. Durante los primeros años de la década, existió una gran competencia en la prensa diaria que se publicaba en la capital, con hasta 27 diarios de todo tipo y orientación política, cuyas ediciones de mañana y tarde llevaron la información a todos los rincones de la ciudad.

Para hacer frente al grupo empresarial que controlaba *El Liberal* y *El Heraldo*, la Sociedad de Prensa Gráfica, dirigida por Nicolás M^a de Ugoiti, creó en 1917 el matutino *El Sol*, al que se sumó, tres años después, *La Voz* como diario vespertino. *El Sol* contó con muchas de las más brillantes plumas del país y en él colaboraron el dibujante Luis Bagaría, el fotógrafo Alfonso Sánchez Portela y personalidades de la talla de Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Machado, Ortega y Gasset o Pérez de Ayala. Fue el primer periódico español que comenzó a publicar fotos recibidas por vía telefónica, al igual que ya hacían *The Times* y *Le Matin*. Entre el resto de cabeceras de diarios, destacaron *ABC*, *El Debate*, *El Imparcial*, *El Liberal* o *La Libertad*.

Junto a ellos, *Blanco y Negro*, *Mundo Gráfico*, *Nuevo Mundo* y *La Esfera* fueron algunas de las principales revistas ilustradas, aunque también se publicaron otras de temática muy variada: turismo y viajes, moda, humor, literarias, políticas o taurinas.

El mundo cambiaba a pasos agigantados y los medios de comunicación se convirtieron en altavoces de los nuevos tiempos para una sociedad que buscaba avanzar y progresar. El público quería conocer lo que ocurría en su ciudad, en su país, incluso en otras partes del mundo de las que nunca antes había oído hablar. Nació la necesidad de saber y los madrileños, que no iban a ser menos, también estaban ávidos de información.

Frontis: La actriz Consuelo Hidalgo leyendo la revista *Estampa*. 1928.

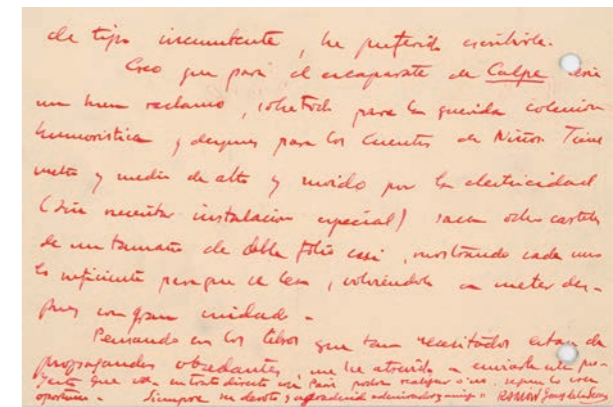
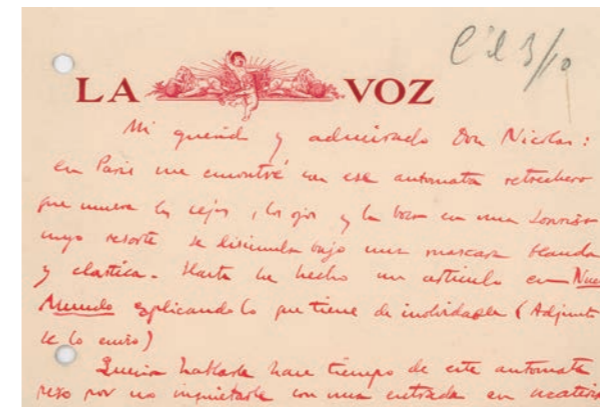
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124155_00001.

El extraordinario contenido del *Fondo Nicolás M^o de Urgoiti y Achúcarro* le convierte en uno de los más interesantes de los que se custodian en el Archivo Regional de la Comunidad de Madrid.

Sus documentos textuales y fotográficos, fechados entre 1860 y 2005, reflejan la trayectoria personal, familiar y profesional de quien puede considerarse como un auténtico emprendedor adelantado a su tiempo.

A su primera actividad empresarial en la industria del papel, sumó pronto su faceta como editor y promotor de la cultura, de lo que *La Papelera Española*, el periódico *El Sol*, la editorial Calpe o 'La Casa del Libro' son solo algunos ejemplos. Personaje polifacético, su inquietud por explorar nuevos ámbitos le llevó incluso a probar en la industria farmacéutica a través del laboratorio IBYS.

Figura comprometida con su época, mantuvo a lo largo de su vida una estrecha relación con el grupo de intelectuales que se conoció posteriormente como la 'Generación del 14', a la que pertenecieron, además de él mismo, José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Eugenio d'Ors, Manuel Azaña, Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón o María de Maeztu, entre otros.



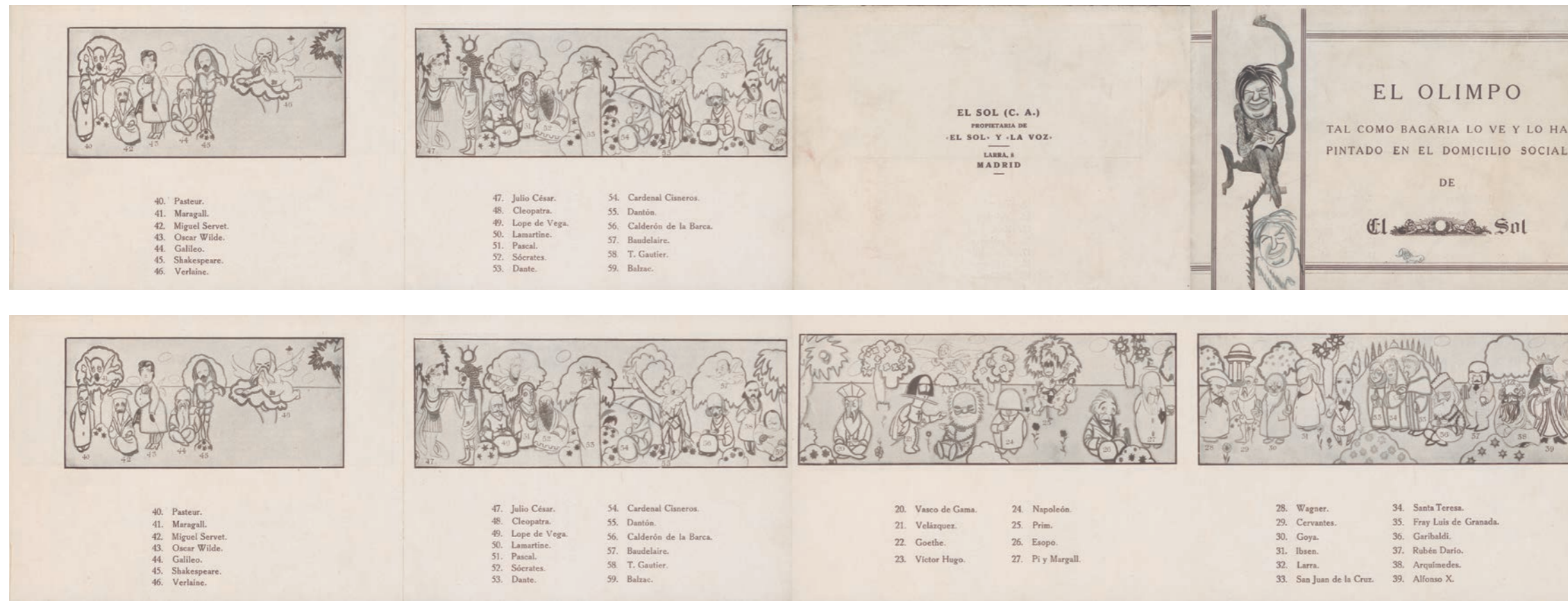
Carta de Ramón Gómez de la Serna dirigida a Nicolás M^o de Urgoiti. 1928. ARCM. Fondo Nicolás M^o de Urgoiti y Achúcarro. Signatura 462105_018.



Nicolás M^o de Urgoiti y Achúcarro, empresario, editor y periodista. [1912-1918]. ARCM. Nicolás M^o de Urgoiti y Achúcarro. Signatura 116169.



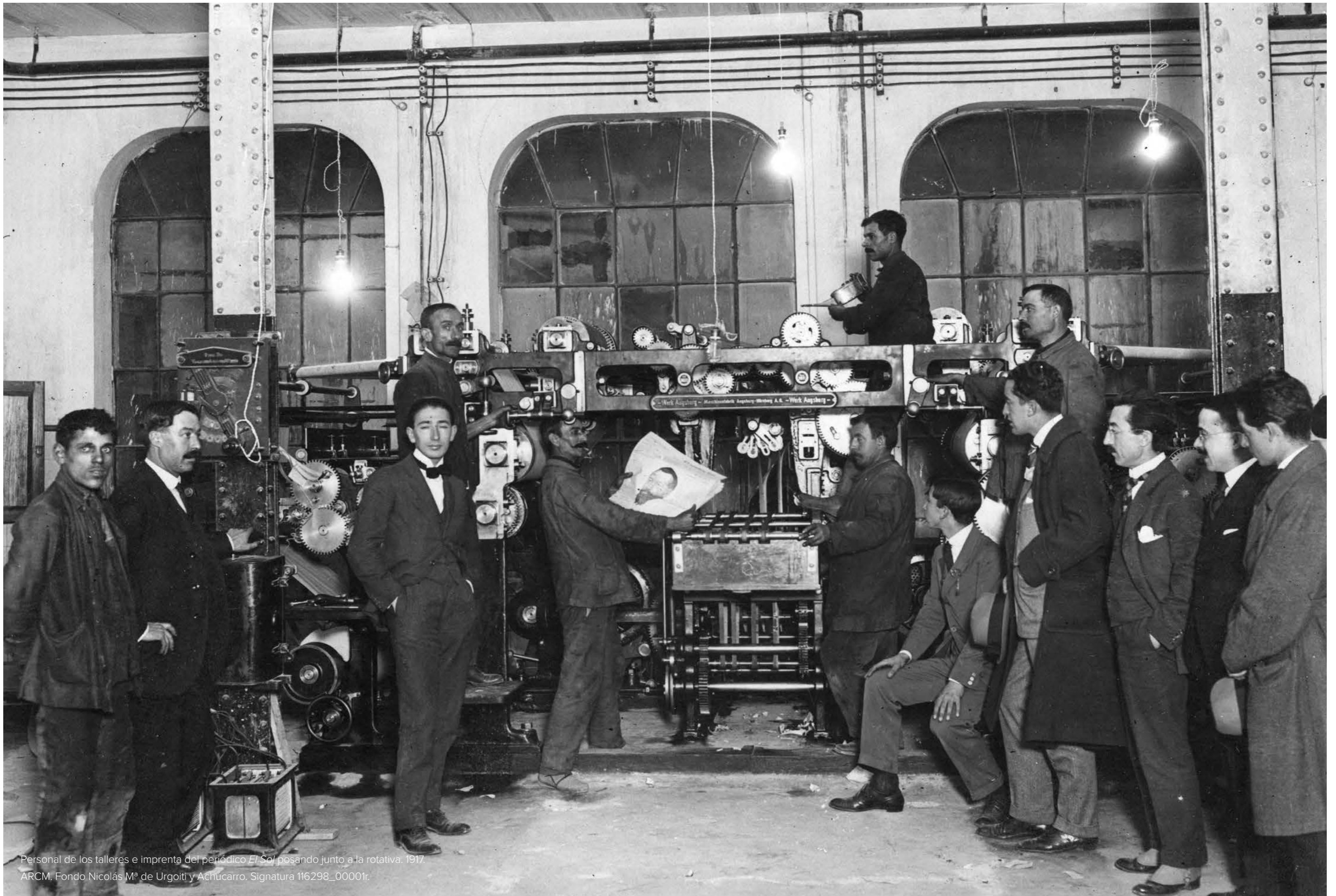
Grupo de colaboradores y personal de redacción del periódico *El Sol*, entre los que se encuentran Nicolás M^o de Urgoiti, Mariano de Cavia, José Ortega y Gasset, Luis Bagaría, Luis de Hoyos Sainz, Félix Lorenzo, Manuel Aznar, Francisco Alcántara, Vicente Vera, Gonzalo Rodríguez Lafora, Eduardo Ruiz de Velasco y Luis Olariaga. ARCM. Fondo Nicolás M^o de Urgoiti y Achúcarro. Signatura 116295_00001r.



Folleto de las caricaturas en las que Luis Bagaría refleja su visión de *El Olimpo* tal como lo dibujó en las dependencias del periódico *El Sol*.
ARCM. Fondo Nicolás M^a de Urgoiti y Achúcarro. Signatura 462101_024.



Doble página (de izquierda a derecha):
Talleres de impresión de la editorial Calpe en la calle Ríos Rosas. 1927.
ARCM. Fondo Nicolás M^a de Urgoiti y Achúcarro. Signaturas 116301_00001r y 116301_00005r.
Folleto publicitario de la enciclopedia Espasa. [1926-1930].
ARCM. Fondo Nicolás M^a de Urgoiti y Achúcarro. Signatura 462117_045.

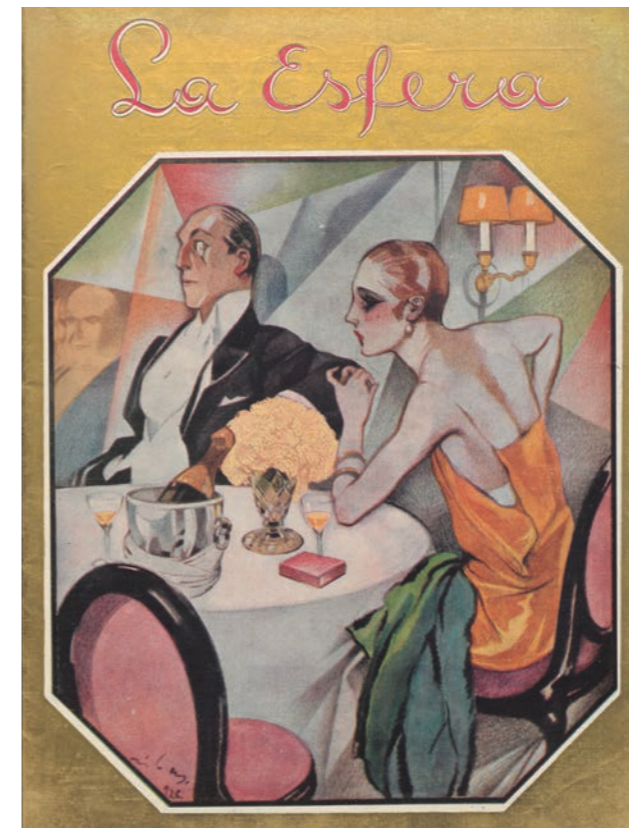


Personal de los talleres e imprenta del periódico *El Sol* posando junto a la rotativa. 1917.
ARCM. Fondo Nicolás M^o de Ugoiti y Achúcarro. Signatura 116298_00001.

Con la publicidad moderna cambiaron las costumbres, los estilos de vida y hasta los cánones de belleza.

Uno de sus rasgos más significativos fue el protagonismo que anunciantes y publicistas otorgaron a las mujeres en la creación de nuevos hábitos de consumo, muestra del espacio que éstas reivindicaban en la nueva sociedad de masas que se estaba consolidando.

También la radio despegaba con fuerza y el 2 de enero de 1926 se emitieron los primeros diarios hablados. Ese año, Unión Radio realizaba su primera transmisión interregional a la par que el Ayuntamiento autorizaba a Unión de Radioyentes la retransmisión de los conciertos de la Banda Municipal que se ofrecían en los quioscos de los parques de El Retiro y Rosales.



Doble página:

Ejemplares de las revistas *La Esfera*, *Mundo Gráfico*, *Mi revista*, *Estampa* y *Alrededor del Mundo*. 1919-1928.

ARCM. Fondo Nicolás M^o de Urgoiti y Achúcarro. Signaturas 462131 y 462140.



Página siguiente:
Una pareja leyendo
en un parque la revista de
actualidad *Crónica*. 1930.
ARCM. Colección
Madrileños. Signatura
JOMU0001_000021.

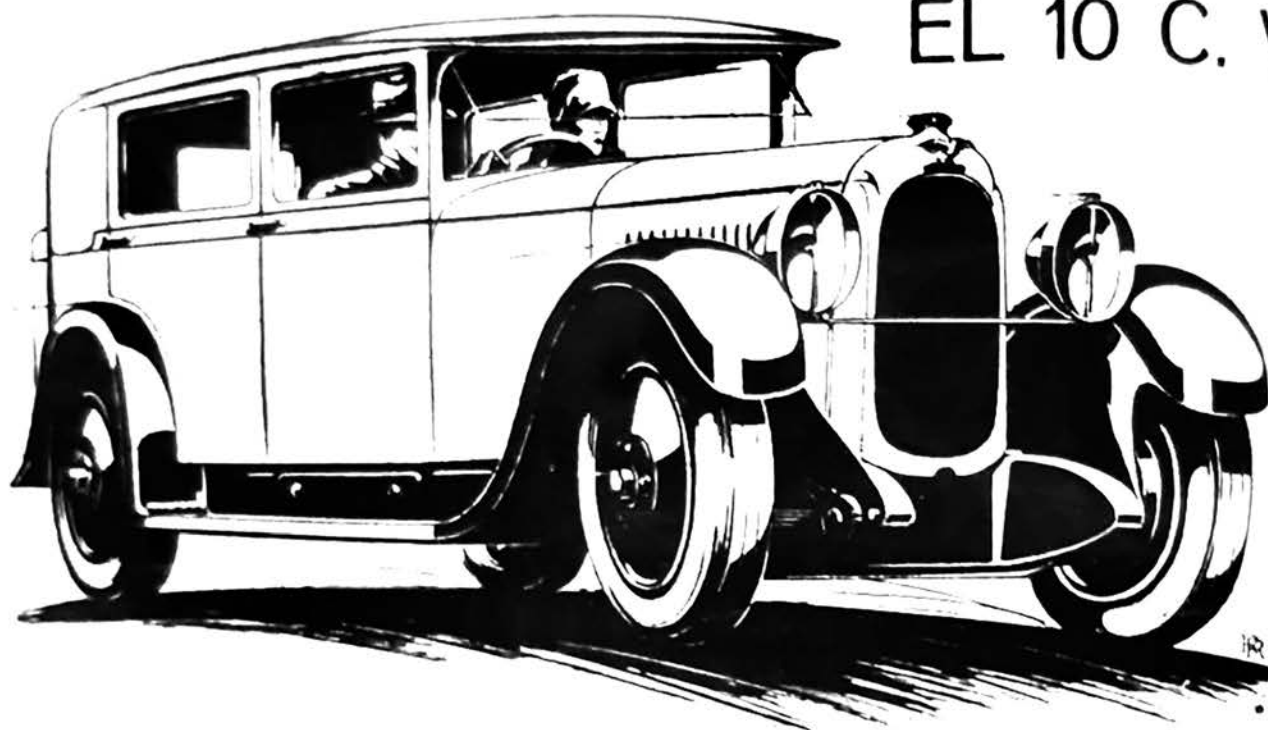


Arriba y abajo:
Mujeres leyendo la revista *Estampa* mientras caminan por la calle Alcalá. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124296_00002.
Venta del semanario *Estampa* en la plaza de Pontejos. 1928.
ARCM. Fondo Gerardo Contreras. Signatura 124296_00001.



CHENARD WALCKER

EL 10 C. V.



PRECIOS EN DEPOSITO IRUN

Conducción interior **9.700** pesetas
Falso cabriolet **10.450** pesetas

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE
AUTOMOVILES CHENARD - WALCKER

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 8 Y 10
MADRID